

La noticia de que departían en paz los dos diestros con Don Miguel, la llevó Ricardillo á la Cervecería de España, y de allí vinieron otros taurómacos, esperanzados en que habían de echar á pelear á los dos espadas, que siempre hay quien se solaza de estos reñideros entre gentes del mismo oficio.

*El de marras* se envalentonó al ver llegar más parciales de *Guarda-polvo*, festejando su venida con otro chiste de esta manera:

—Aquí tienen ustedes á los dos polos opuestos: el torero al natural—señalando á Carmelo,—y el artista á la moderna—asiendo por el brazo á *Guarda-polvo*, á quien le hizo caer de los labios un cigarro, que más que fumar mascaba.

Don Miguel, desde la puerta, que había cerrado, dijo:

—Ni antaño ni ogaño; son dos cosas diferentes. Mira, *Guarda-polvo*: tú dominas los toros con la estatura y las facultades y te sales por pies de entre los cuernos; y este Carmelo, es todo ánimo, valentía y temeridad rayana en idiotismo. Sí, hombre, te lo diré; te cebas en las bestias como el buitre en el vientre de su víctima, y es que te enloquece la sangre, tornándote el sentido: así, pues, señores, ¿á qué querer trocar los papeles?: no pidais al uno más de lo que alcanzar pueda de sus fuerzas, ni al otro que deje de tirarse á fondo como si ensayara sobre blando colchón de lana, sin importarle un bledo que tiene enfrente dos astas que hieren y matan. Siempre ha habido y habrá diversas maneras de matar los toros, que

como dijo, si no recuerdo mal, Bufón: el estilo es el hombre, ¿están ustedes?

Y acabado de decir esto, llegó otro espada modernista con pelliza, guantes encarnadinos con respuntes á la inglesa y tieso bombín, y entrándose allí, saludó á todos, diciendo:

—¡Valiente mujer la que canta el *caracolillo* en el Duque! Está pidiendo la den algo...

Detrás del espada asomó Paquito, y al verlo *Guarda-polvo*, lo asió de un brazo con ademán de echarlo fuera, gritando:

—A la calle, los trompetas.

—Déjalo, hombre,—gritó Carmelo,—hoy por mí, mañana por tí.

—Es que dice el babieca que me falta la vista.

—Lo digo y lo rediré, porque yo...

--Dejarlo, á cada uno su oficio—interrumpió Don Miguel,—que estas *almitas* con la pluma matan más que vosotros con los estoques.

Traían botellas y más botellas de vino amontillado, pero el espada modernista dijo que él apetecía un chocolate á la francesa, y Paquito chuletas con papas; y así que todos se apaciguaron, continuó Don Miguel:

—Digo yo que el caso es matar los toros, estando aplomados, quietos y fijos, cual si fueran de plomo, en la inmóvil muleta; y el espada, al tirarse, ha de tener alas consigo para salir como si lo salvara en volandillas oculto torbellino, y *libre de cacho*, si no perdió la serenidad.

—Sí, señor, así es,—gritaba Paquito;—si se perfiló bien, á tiempo entró y no encogió el brazo;

porque entonces, pata, y ha de ser la *estocá* como un rayo de esos que matan.

—No siempre,—objetó *Guarda-polvo*.

—Sí, si fué bien apuntada y en seguro sitio, mortal será por necesidad.

—¿Pero qué tiene que ver eso, criatura, para que el toro caiga redondo como tu quieres?—le arguyó Carmelo, mirándolo fijo.

—Como le haya atravesado el corazón, al suelo viene como piedra que se va al fondo.

—¡Vamos, niño!—dijo Don Miguel,—vete á hacer palotes, que no sabes del pe al pa, pero ni...

—¿Qué, me contradecirá usted á mí que las encogidas de brazos dan todas esas estocadas diversas y contrarias?

—Pero, ¿qué tiene que ver eso...?

—Pues mire, tiene su aquel; que muchos, sin darse cuenta, al decir ¡jú! cierran los ojos, encogen el brazo y la vista se les llena de pelos; y que lo digo yo; sí, eso quien lo ve somos los imparciales.

—¿Tú, tú?—le preguntó *Guarda-polvo*,—y asió una copa de vino, tirándole el líquido á la cara, y le gritó:

—Para que te se aclare la vista.

—Hombre, eso no está bien—dijo Carmelo desencajado, poniéndose en pié;—y además es amigo... y ya ves, está aquí con nosotros, y no debías...

—*Ná*, señores, no es nada—gritaron todos en coro, y Paquito le tendió la mano á *Guarda-pol-*

vo, asegurándole había recibido el bautizo del Jordán.

—Somos amigos—añadió.

—Me alegro que así sea: toca esos cinco;—y le tuvo un buen rato entre sus brazos, como si desde luengo tiempo lo hubiera conocido.

—Á mí me parece—dijo el espada modernista, á la vez que metía en su boca pedazos de bizcocho empapados en chocolate,—que vosotros perdeis un tiempo precioso: yo, cuando estoy fuera de la temporada de toros, me da asco el discutir sobre los tales animalitos. Además, ¿á qué sentar jurisprudencia, si del dicho al hecho hay gran trecho, y no siempre, á pesar de las reglas, sale lo que se quiere?

—Porque se está fuera de jurisdicción, ¿lo entiende usted? El mismo mal hay en pecar por largo que por corto—objetó Don Miguel.

—Desde largo las *cogtas* son más difíciles;—riéndose y dando suelta á su lengua, Paquito soltó la tal teoría.

Riéronse todos:—Tiene gracia este *pelmazo*—decía el uno.—Valiente niño, si esto es hablar del arquitrabe—el otro; y quien más y quien menos celebró aquella verdad de Perogrullo, que tanta ironía encerraba.

—Digo ahora, y pongo por caso; el toreo del *Guerra*—saco á éste como bandera, que lo es y será mientras toree para los públicos y empresarios,—¿es clásico?—preguntó el modernista á Don Miguel.

—No tal, y eso del toreo del *Guerra* es pura

fantasía. Siempre cada espada tuvo estilo personal, apostura, gesto, manera de entrar y de herir y modo de salirse de entre los cuernos del acometedor toro; pero en ello han jugado principal papel la estatura, facultades, valor ó eso que nombraís corazón y el conocimiento de lo que ejecutaba con el mejor propósito de matar, verse ileso y triunfante.

La mayor parte de los toreros antiguos eran altos, fornidos y fiaban más en su agilidad y piés que no hoy, que disminuída la talla de los diestros, se ha perfeccionado la muleta como un elemento de defensa tan exacto como el que más y un recurso de inmensa utilidad para arreglar las reses, preparándolas á morir, colocadas en su verdadera posición para esta suerte. Pero, ¿qué duda tiene que la destreza y habilidad, el método y arte deben acompañar al espada? La estatura del diestro influye mucho, así como la resistencia de sus músculos, rapidez de vista, piés y brazos, para poder ejecutar las suertes con más velocidad y en menos tiempo.

Los hombres altos y gallardos llevan ventaja en estos ejercicios atléticos, donde el saber es un aditamento importante, pero en los que juega principal papel la máquina corpórea, es decir, todo el conjunto del cuerpo, armonizado para las tensiones, esfuerzos, saltos, carreras, quiebros flexibles, en suma, la gimnasia del toreo. Lo que ocurre con esto de la tauromaquia es que hay un mar de confusiones, y como en este espectáculo cada hijo de su madre tiene la libérrima volun-

tad de meter su cuarto á espadas y de arrimar el ascua á su sardina, hemos llegado á estos convencionalismos, donde todo es permitido y aplaudido, pues la tolerancia hace que cada cual diga su cosa; y así, el corto de brazos y piernas sostiene que todo el arte está en arrimarse lo indispensable para pinchar el estoque, y aquel á quien sobran lo uno y lo otro agrega que le basta con dar media estocada para hacer que ruede la bestia, sin que le rocen los *pitones*, no comprendiendo que no hay más remedio que entrar en jurisdicción, y colocado en suerte el toro, lo cita, metiéndose en el *De profundis*, y se pone el espada en el *Gloria* al salir vivo y triunfante, con la fiera á sus piés muerta.

Lo ocurrido es, señores, que á medida que los toros han ido perdiendo bravura, el toreo se ha modificado, y de aquí que se hable hoy del modernismo. ¿Quién representa hoy esto nuevo? Pues lo vais á oír.

Sin temor de equivocarme, los jalones los colocó el inmortal Francisco Arjona Guillén. Aquel cuya flámula admirable era de precisión y potencia extraordinaria, y no solo de defensa, sino de castigo, de quebrantamiento para los toros pues se llegó á decir de él que mataba con ella los cornúpetas antes de estoquearlos. Su tradición la siguió Carmona, maestro de toda esa pléyade de toreros que con la capa hacían cuanto se les antojaba, pero que, colocados en la suerte suprema, estaban siempre mirando *al olivo*. ¿Sabéis por qué? Pues porque les faltaba á todos

ellos, no diré el valor, pero sí la abnegación de arriesgar la vida.

Habreis oído hablar de la escuela cordobesa, y no hay tales carneros ni tales López, pues esta gloria de la enseñanza taurómaca hay que recabarla siempre para Sevilla, que de aquí han salido los diestros más celebrados, sin que yo por eso niegue que donde menos se piensa salte la liebre; pero es lo cierto que desde *Cúchares* acá, Sevilla ha sostenido la bandera, y sus toreros, por sus adornos, donaires, alegrías y aposturas se han dado á conocer como continuadores de la escuela que ha consistido en la flexibilidad y la elegancia, á la vez que en el arrojo y valentía. Nadie negará esto, que así lo han reconocido paladinamente otros espadas cuando han alternado con los sevillanos, sin que neguemos que ha habido glorias taurómacas como la de *Frascuero*, el coloso de Mazzantini, el maestrado de *Lagartijo*, el mozo de las artísticas largas, y en estos últimos años el incomparable de los juegos malabares, el sin par *Guerra*, de quien hay que decir que más artimañas, más *floreos* y mejor modo de adornarse no se han visto, sin que yo pretenda que eso sea el arte y si sólo el estilo de que antes os hablaba.

¿Que hay reglas, que duda tiene? Y desde *Pepe-Hillo* acá se han transmitido religiosamente, sin que por ello quiera decir que se cumplan.

El punto esencial es poseer la belleza en los movimientos que siempre debe acompañar al espada, lo que va desapareciendo, porque los más

de los toreros *no van más que á salir del paso*, y son casi todos *madrugadores* que aprovechan con rapidez pasmosa el momento de la estocada. De aquí el que veamos cada día nuevas tácticas, innovadores y métodos que no corresponden ni á la tradición ni á lo que exigen los bichos, con tal de halagar los públicos.

—Eso digo yo: hay que irse con la corriente: pues qué, ¿no hay oradores á quienes los aplausos les hacen remontarse á las nubes; cantantes que, sin saberlo, dan el *do* de pecho; cómicos que inventan un efecto y al autor pasman? Pues en eso está el *quid*, en darle al público lo que pide, y un poco más...

—Y salvar la persona—agregó *el de marras*.

—Pues oye, ¿por qué no toreas tú?—le arguyó el modernista, desconcertado con la inesperada salida.

—Porque para eso pago y voy á los toros.

—¿De modo que nosotros somos jornaleros á peonada y gusto?

—Del consumidor—gritó con voz estentórea un hombrachón, con capa y sombrero de anchas alas, que, abriendo la puerta y asomando parte del chapeo y cara, hizo señas al modernista de que saliera, á lo cual Julio, abriendo paso y hablando quedo, añadió:

—Dejarlo, que va éste á dar una *estocá* al *caracolillo*. ¡Eh!...

Y se fueron marchando unos y otros.

El empresario de América, tras de hablar con *Guarda-polvo* aparte, explicó que tenía lo contra-



tado, así como al *Anguila*, si Carmelo daba permiso, el que dijo que sí. Pagó todo lo gastado Carmelo, y Don Miguel, visto que eran las tres de la madrugada, rogó á Carmelo fuera á dormir á su casa de huéspedes, pues estaba el espada como uva madura y le seguía con la cabeza baja, sin proferir palabra.

—Bueno—dijo Don Miguel,—puesto que ya es cosa hecha, me alegro de que no te marches á América: ese que va, torna de allí *hecho polvo*. Á dormir: mañana te vuelves á Villa-Aldaba á cuidar de tu madre, y avísame cuándo se compra esa casita y tierras, para arreglarlo.

Llegaron á la casa, subieron y Don Miguel dijo á la moza:

—Mira, éste duerme en la habitación que no tiene huésped, más allá de la mía.

Hizo una mueca la criada; dejó en su cuarto á Don Miguel y acompañó al otro á Carmelo, que mientras ella cerraba las puertas de las ventanas, inclinándose hacia delante, quitábase la faja, y al pasar junto á él, asíóla y la atrajo, tratando de besarla; pero de un empujón lo tiró boca abajo sobre la cama, que ni tenía puesta sábanas, ni funda las almohadas, y dejándole la vela encendida, cerró las puertas, y echando la llave por fuera, bajó la escalera, diciendo:

—¡Valiente hombre!

## XXIX

CASI amanecía cuando Carmelo se echó abajo de la cama, que los hábitos adquiridos en la niñez suelen seguir en vida, y á la callandica se puso la faja, y metiendo el rostro en la palangana, lo tuvo allí mojándose no poco rato: al cabo se lo secó con su pañuelo, por no ver toalla, y bajando la escalera, dióse de cara con la moza, que con refajo rojo y sueltos los cabellos, salía de una habitación, la cual, al verlo, dijo:

—Oiga usted: anoche salí á comprar unas agujas para mi ama y encontré á Fidela con otra mujer que no conozco, y dice mi paisana que ha hecho usted mala faena y que ya se acordará de ella algún día.

—Bueno—contestó Carmelo,—toma esos dos duros, paga la cama y al avío, que ya encontrará ella otro á quien...

—¿Qué, que no es verdad que usted...? ¡Vamos, no he oído otra!

Carmelo bajó las escaleras, cantando entre dientes:

Me quisistes, me olvidastes,  
me volvistes á querer;  
zapato que yo desecho  
no me lo vuelvo á poner...

Y momentos después aporreó la puerta de la cuadra de Julio, hizo al mozo que le ensillara y enfrenara la jaca, se montó en ella, y así que tomó la carretera de Córdoba, á galope corto, en poco más de una hora llegó á la barca de Villa-Aldaba, y apeado y entrada la jaca en la embarcación, no sin haber hecho piernas sobre las tablas de pasada, así que estuvo en la otra banda y la sacó, llegóse montado en ella junto á la venta de la hermana de Curro, la que, al verlo, comenzó á gritar:

—¡Comadre, mire quién está aquí!

Y á poco salió Curro azorado, preguntando:

—Pero oye, ¿tú tienes el diablo en el cuerpo, ó qué ventolera te ha dado hoy?

—Ninguna; la compré ayer y aquí la traigo. Conque á tu cuadra la llevas con la tuya y la burra de la francesa. Que no pasen hambre, ¿estás? y á la noche vente por casa de mi madre; tenemos que hablar, pues le compro al panadero la casa, la huerta y los olivares.

En aquellos días que pasaron se llevó á cabo la compra, y Curro fué repetidas veces el corre, vé y dile del pueblo á Sevilla, y para herraduras de la jaca, todo el dinero era poco, como él decía.

La madre de Carmelo no consintió en mudar de casa, «que en la suya estaba y quedábase; que

en casa pobre nació y pobre quería morir, y para los cuatro días que la quedaban bueno era ello, y que á los viejos lo mejor era no meneallo, y jaula nueva pájaro muerto, y casa con dos puertas, como era la otra, mala de guardar.»

El invierno fué largo y lluvioso y las frías noches de Diciembre antojábasele eternas á Carmelo, que en muchas de ellas acostábase al sol puesto.

Montado en su jaca andaba casi todos los días por aquellas vegas, y cuando llegó la cogida de la aceituna no se separaron del tajo él y Curro, que quiso aderezar las gordales, verdeando otras que eran del caso, lo que á su enemigo el vecino ventero traía fuera de juicio y le puso de mote *El Estornino*.

Carmelo parecía meditabundo, cabizbajo y triste, soliendo á media tarde ir con Curro y Frasquito á tomar los inclinados rayos del sol á la otra banda del río, y allí posábanse sobre el suelo, viendo desde aquel lado á Villa-Aldaba entre las penumbras del anochecer.

A menudo Curro sacaba la conversación de la francesa, contando lo ladina que era Aline y cuantas travesuras hizo en Sevilla.

.....  
—Tú estás enamorado—le dijo una tarde Araceli á Carmelo, que estaba solo con ella.

—¿Por qué dices eso?

—Hombre, las señas son mortales; verde y con asas... tú lo que tienes es el dolor que suele causar la ausencia en los que bien se aman.

—¿Pero tú crees que yo me acuerdo de ella?  
No te creía tan bruja.

—¿Bruja?, mira lo que hablas....

—Es un decir; eso de no verse y pensar uno en otro, brujerías son; «dáme gordura y te daré hermosura.»

—¿Y á qué viene eso?

—Pues que lo que los ojos no ven...

—¿A que no sabes lo otro?... Pues corazón no quiebra. Y mira, Carmelo, haces mal en engañar á esa mujer; si tú no le tienes querencia, ni la has querido, ni la has de amar, ¿á qué tardas en que se le ponga una carta, y si te vi no me acuerdo, y se acabó lo que se daba?

—¿Más *acabao*?...

—¡Quizás!

—Y tanto, chiquilla; como que se fué y no la *vide*; lo que yo tengo es que estoy harto de la vida; y si no fuera por mi madre, por ésta—y cerró el puño,—que me echaba al río.

—Chiquillo, ¿tan fría como está el agua?

Carmelo de pronto se puso en pié y salió diciendo:—Abur.

. . . . .  
A mediados de Febrero llegaron frente á la nueva casa de Carmelo varios carromatos cargados de muebles, y Curro y Araceli los fueron colocando en las habitaciones de arriba y abajo.

Carmelo estaba monteando en Sierra Morena, y á los pocos días marchó Curro con sus reclamos á unirse á él, según habían convenido.

En Villa-Aldaba las comadres decían que

Carmelo era «ó locura ó santidad»; que ahora le daba por ser santo, y que hasta quería meter á fraile, pues la noche antes de irse de montería, habíanle oído unas vecinas rezar el Rosario con su madre, y que una mañana fueron al Cementerio llevando una corona de esmaltes y cuentas de cristal, que Carmelo había comprado en Sevilla, diciendo:—Madre, es menester acordarse de los muertos;—y que pocos días antes efectuó el traslado de los restos de su padre á una sepultura á perpetuidad que el Ayuntamiento le había vendido, y que Frasquito, además de la Cruz y verja de hierro que la rodeaba, hizo poner sobre la lápida: *Familia Reyes*.

El tabernero enemigo, á su vez, contaba que todo eso era orgullo y humos de torero; que maldito lo que él se había acordado de su padre; y cuando lo supo Araceli fué á la taberna y de buenas á primeras le dijo:

—Mira, podrás hablar lo que quieras; pero de su padre sí se acuerda; si quieres ver lo que te pasa, prueba á decirle algo...

Pero el hombre estaba pacífico: la ida á América de su ídolo *Guarda-polvo*, habíale enfriado el entusiasmo, ayuno de su parroquia desde que no venia á Villa Aldaba, y no respondió á Araceli, rehuendo camorra en la venta, acordándose de «¿quién te hace rico? el que te llena el pico», y de que Frasquito solapadamente preparaba unas elecciones y adrede habíale bajado los consumos, haciendo vista gorda á sus contrabandos, y que allí de madrugada solía ponerse la banca y jugarse

al monte con su tanto de parte, amén de que por la puerta falsa, en cuarto apartado de todos, iba á hacer gasto Frasquito, acompañaéndole alguna tapada, aquellas noches de Carnaval, en que tenía citas allí, temeroso de las humedades y al recordar que una madrugada, estando al amparo de obscuro vallado en coloquios amorosos y dulce momento.... habíanle apedreado unos zagalones rateros de aceitunas.

.....  
Sucedió que, cuando menos lo esperaban los vecinos de Villa-Aldaba, vieron llegar en uno de aquellos días, á la caída de la tarde, muchos ginetes, todos alborozados, dando convoy á Carmelo, que con ellos de la montería tornaba, trayendo sobre mulas varios jabalíes y ciervos.

Detuviéronse los cabalgadores y muleros ante la puerta de la nueva casa de Carmelo, y hubo que avisar trajeran la llave.

Acudió de allí á poco Araceli, y abriendo y guiando, todos se entraron en una sala que en el piso bajo había, con vistas y cancelas de cristales al jardín, que, aunque pequeño, era amenísimo y estaba fragante, que en esta tierra de la baja Andalucía, es la florescencia temprano don que trasmite Abril, ora con sus días lluviosos y nublados, ora con sus lloviznas y ardoroso sol, que no en balde rezaba lo de «en Abril la flor empieza á lucir».

—Vaya, vaya—dijo Araceli,—y cómo viene Carmelo: ¡si es otro!

—Sí,—respondió el Marqués, que era uno de

los acompañantes,—traígolo bueno, y con más apetito que en su vida ha tenido, pues aquellas claras aguas de la Sierra Morena, puros aires, subidas y bajadas y no cortas caminatas lo han puesto sano, contento, ágil y medrado.

—Mira tú, ¿medrado en qué?

—En todo, mujer: si lo que esta criatura ha correteado, subiendo y bajando cerros que le han hecho sudar los malos humores; las lonjas de jamón que ha comido; los buenos tragos de vino, y aquello de «deja la Venus un mes, que te dejará...», lo han transfigurado. ¡Temblad, modernos gladiadores, que el adalid presente sus músculos de acero ha ejercitado sobre rocas de granito, y sus pulmones vienen con el puro oxígeno de aquellas selváticas alturas, acostumbrados á dilatarse como si fueran de caucho. Impregnado trae su cuerpo de aquellos suaves aromas que desprenden las floridas jaras con sus capullos blancos y morados, tomillos y romeros, los efluvios y esencias penetrantes de tanta abierta flor como ha hollado, solazándose con aquellos abantos novillos, que con el ardor de la riente primavera, embestíanle feroces, dejándolos burlados cual si sus pies llevaran alas. Aquí lo teneis; el que entre aquellos matorrales y yerbajos muerte ha dado á ese ciervo que sobre el lomo de dos mulas han tenido que traerlo á cuerpo de caballo.

Y ahora, séame dado dedicar una flor de mi ingenio y un suspiro de mi alma á esa burra sacristana que en volandas ha ido y venido con mi persona á cuestas, trayéndome salvo y caute-



losa como si transportara las poéticas redondeces de la sin par Beatriz, su ama y señora;—porque el Marqués montaba á la mujeriega.

—¡Bueno está!—dijo Curro.

—¡Cuando digo que este hombre es la mar!—agregó Frasquito, atraído por la algazara de los monteros y el abrir y cerrar puertas de todas las casas, donde sus habitantes, regocijados con la vuelta del espada, no se daban punto á hacer comentarios, reir y hablar, festejando el suceso con la alegría, contento, gozo y bienandanza con que veían tornar al hijo de la sin par y nunca bien ponderada ribereña Villa-Aldaba.

Las dos ventas se habían llenado de parroquianos: el feroz enemigo del espada y de la comadre no dijo esta boca es mía; reinaba la alegría por doquier, y las mozas, ataviadas como Domingo que era, asomábanse á las puertas cantando y tocando palillos y panderetas, dándose voces unas á otras, y los mozos iban y venían, mirándolas y requebrándolas; encendidas de rostro, y con suspirosos ayes y labios cual carmin, respondían ellas con risas y miradas á aquellos requerimientos ardorosos de los que codiciaban la fruta del árbol prohibido ó del cercado ajeno.

Dulce y sabrosa estaba Araceli mirando á Carmelo, que tenía en su mano una carta con rojizos lacres puestos, que le trajo el cartero, que era ni más ni menos el que prometió el espada sacar á torear si se *apeaba* de la barrera y no decía más su tremendo *¡júu!*

Frasquito y Curro habían encendido una gran farola en el zaguán de entrada, y mientras Carmelo corrió á ver á su madre solo, como quiso ir, con su chaqueta de mangas de amarillo estezado ó correal, zahón y botas de becerro hasta media pantorrilla, Araceli, ayudada de Tomasa, una moza como de veinte años, encendió á su vez candelabros y lámparas de aceite, que con profusión había sobre mesas, y en los corredores, pendientes del techo, otras en forma de lira.

Ante el jardín estaba larga y no estrecha galería con sus puertas de cristales y alicatados zócalos de azulejos en las paredes; de losetas como el armiño era el suelo, y apoyadas á los muros muchas y cómodas banquetas, sillas y mecedoras, cuadros con marcos, cristales y grabados en colores de todas las suertes del toreo; en un testero un gran cartel de toros presidía allí, y era todo aquel mueblaje, aunque viejo, limpio resto de la antigua opulencia del arruinado panadero, que en el trato que hubo de la compra de la casa y tierras para Carmelo, en el que se escribieron más cláusulas y condiciones que en el protocolo de Joló, quiso Don Miguel formaran parte todos los más muebles posibles que avaloraban lo que por precio se pagó de todo aquello, á gusto de los amigos de Carmelo, que le decían:—Queremos verte hombre, y no hecho un judío errante;—bien á despecho de él, que contestaba:

—Como no he de hacer huesos viejos en ella, haced lo que querais,—que era él de condición humilde y nada apetecía.

Había en los parciales su tantico de vanidad y orgullo de que morara en la mejor casa y tenerlo allí los más días posibles, pareciéndoles les faltaba algo, como decía Curro, cuando no le veían, oían, sentían, hablaban, halagaban, acariciaban y ante él rendíanse de puro dichosos; que tal es la idiosincrasia de los pueblos, adorar á los que de ellos por sus esfuerzos saben que á cada paso están á pique de perder la vida.

Carmelo volvió vestido con el traje nuevo de primavera, mandado de Sevilla por aquel famoso sastre que en la calle de las Águilas tenía su tienda y conservaba en su tijera el corte de la chaqueta torera, pantalón de subida cintura, ajustado á las caderas, ceñido chaleco de abierto cuello que dejara ver la bordada chorrera de la camisa y los botones de preciosas piedras: añádase que el traje era de tono ceniza, de verde seda la faja, adatitados los botines y sombrero de anchas alas color gris perla: y así fué como se presentó, recién afeitado y pulcro.

No se cabía en la sala ni en los corredores, pues las varias estancias bajas habíanse llenado con todo el que quiso entrar á ver, oír, decir y solazarse á su voluntad y antojo, que de esto gozaba mucho Carmelo y era su ventura dar todo lo que tenía, pero que no se lo pidieran. Lo que contaba Curro, explicando á dos atildados jóvenes madrileños el carácter del espada:—Y en prueba, acabo de saber que al salir de la casa materna ha visitado á un tísico y regaládole cincuenta duros, pues pedia á voces lo llevaran á la Sierra,

estando más muerto que vivo; á otra mujer le libra de quintas á un hijo, y á muchos ha rogado vengan á verles para darles ó prestarles lo que les cuesta sembrar maíz; ¡si esto es la mar!

—Pues á ese paso la vida es un soplo,—objetó uno de los jóvenes.

—Ande usted, que lo gana bien,—agregó Araceli, á quien el otro madrileño decía ¡viva la madre que te parió!, dándose el donaire y gracejo de un andaluz, y hablaba casi en gallego.

Allí había muchas mozas alegres como pascuas, parleras cual alondras, de dulce mirar y antojadas de que se bailase,—y con algunas rondas de vino blanco abocado que habían servido y dos hermosos lebrillos de pestiños de enmelada harina que trajo muy al caso Araceli para suavizar el ardor del aguardiente anisado de Cazalla que Curro á chorros derramaba en copas, como resto de la opulenta montería,—no hubo más remedio que bailotear, pues, según dijo Araceli, que la voz cantante llevaba como llavera de áquel castillo, «como las mujeres andaluzas, para el baile no hay otras.»

—Es verdad, señores;—acudió diciendo el Marqués á los de Madrid y sevillanos, que con el espada habían venido: la configuración de la mujer sevillana, pequeña, de pié breve, cintura flexible, brazos airosos, la hacen propia cual ninguna, con su imaginación de fuego y voluptuosa, y su oído delicado y sensibilidad exquisita, para revelar con sus movimientos, los delirios del placer, en sus mudanzas bailando, los diversos grados y

triumfos del amor, y en sus actitudes, los misterios y bellezas de sus formas y perfiles.

—¿Estamos ya haciendo literatura?—dijo el dómine del pueblo, mirando al Marqués.

—Oiga usted, entre col y col...

Comenzó el baile, y al son de panderetas y palillos, unas se levantaban y otras sentábanse, hasta que poco más allá de la media noche, entró el cura, gritando á Frasquito:

—A la estanquera, un parroquiano la acaba de encontrar cadáver, cosida á puñaladas, robada y sin camisa en el lecho.

—¡Válgame el cielo!—exclamó Frasquito:—hasta en su muerte ha de ser ruidosa esa criatura.

—¡Por *via* de!...—agregó Carmelo mirando á Araceli, que, acercándosele y bajando la voz, al oído le repitió:—Que el diablo se la lleve;—preguntándole:

—¿Sabes lo que cuentan de Fidela?

—Yo nó.

—Pues en una casa de niñas de la vida la ha visto el *Ajú*, y le dijo que tú tenías la culpa y por tu causa así veíase.

—Anda y que la maten—respondió Carmelo.

Se aguló la fiesta, y corriendo salieron todos, dirigiéndose al lugar del suceso, y entre los que tornaron á poco, venía el Marqués sobresaltado, porque en el registro que habían hecho encontraron debajo de un ladrillo, al pié del catre en donde dormía Fidela, una tarjeta de él, dos cartas dirigidas al mismo y varios billetes del Banco de

España; pero Frasquito quitó de la vista del Juez municipal, que era un cabrero, todas aquellas pruebas que le podían mezclar en tan extraño suceso; le devolvió la cartulina, guardándose las cartas, inventarió los números de los billetes y su valor, agregando:—Con esto habrá algún hueso para roer un rato y gastar papel sellado.

El Marqués contó después á Araceli y Frasquito lo que le había ocurrido con Fidela, y el espada, que estaba *de vena*, echándose el sombrero hacia atrás y rascándose la cabeza, agregó:

—Según ella, yo había sido el primero...

El pueblo estaba como en una noche de cofradía; las calles alborotadas, las puertas abiertas, las luces encendidas, y en medio de la algazara entró el niño *Ajú*.

—Oye tú—le preguntó Frasquito:—¿tú tuvistes que ver con la muerta?

—¿Yo? No he oído otra: verdad que le traía de Sevilla su avío para el estanco; pero...

Y miró de soslayo á Tomasa, la que dijo:

—¡Vamos; tendría que ver que tú también hayas sido un can más de los que corrían detrás de esa perra *salía!*

Riéronse todos, y Tomasa se tapó con entrambas manos el rostro y repetía:

—¡Pero qué barbaridad habré dicho!

—Yo me lo sé—respondió el *Ajú*.

El Marqués, los de Madrid y sevillanos dijeron que querían irse en una barca á Sevilla, y se marcharon seguidos de Curro: y quedándose solos Araceli, Tomasa y Carmelo, éste dijo:

—Oye, Araceli, á cerrar la casa, que yo me voy á dormir á la de mi madre, que me espera la moza.

Y no hubo quien lo apeara de su idea fija; pues dijo que aquella casa era azarosa y traía *pata*.

—Vamos, mi niño—le preguntó Araceli mientras Tomasa cerraba:—¿si me quedo yo, te quedas tú?

—Tampoco.

Se fué Carmelo calle arriba, y Tomasa y Araceli, camino de la casa de ésta iban estupefactas y haciéndose cruces.

—No he oído ni visto otra—dijo Araceli.

.....

Al siguiente mediodía, supieron por Curro que á Carmelo, cabalgando á media rienda camino de la estación del Empalme, le habían visto unos arrieros por la vega, acompañando á dos ginetes que iban detrás de un toro barroso, desmandado de la corrida que habían querido encajonar la tarde antes.

## XXX

EN una de aquellas madrugadas, cinco días después, pasaba en Sevilla por la plaza del Salvador, una cofradía al acompasado son de los clarines, y Don Miguel, que había ido á verla volver hacia su barrio, con las imágenes iluminadas bajo palio, encendidos cirios de los cofrades, vistiendo sus túnicas, capuchones y capiruchos, arrastradas las luengas y negras colas de los sayones,—apostaríá,—dijo al Marqués que con él estaba,—que el que lleva esa cruz es Carmelo.

—¿Qué me decís? Y ojos que tal vieron,—contestó el Marqués, á la vez que arrojaba grueso caramelo al que le había Don Miguel señalado, el que al sentir en su hombro izquierdo el golpe, siguió tranquilo al compás de sus piés, sin dar muestras de haberse apercebido.

Riéronse no poco ambos de aquello, y hablando de Carmelo, decía el Marqués:

—Lo creo capaz de todo, que no parece sino que está encantado con tantos amorosos billetes como le escribe y manda esa doncella andante.



—¡Quiá! no lo crea usted, señor mío; si los tiene aún sin abrir, y pasan de cinco, y estará la otra que tendrán que oír los suspiros y lágrimas que verterá; pero me ha dicho muy formal la otra noche Carmelo, que cuando venga se los va á entregar cerrados, diciéndola:—Yo no necesito memoriales para acordarme de usted; conque acabe ya, ó al vado ó á la puente, porque sobre cuernos, penitencia.

—Me figuro que se refiere á lo que ella dijo aquella tarde, antes de irse.

—Pues no viene al caso.

—Me lo figuro por lo que usted me ha contado; pero él cree que ella pensaba pudiera haberse vanagloriado, y en verdad que no ha abierto la boca más que para decir:—«¡Valiente hembra!; ¡por *vía* del... que si quisiera me casaba con ella»;—y yo se lo conté á la francesa, quien se reía, diciendo:—«Qué muchacho terrible; es el más grande inocente que se puede encontrar.»

.....

Tras de la austera y severa Semana Santa, cuando el Sábado de Gloria repican en los altos campanarios de las Iglesias de la Ciudad, tañen las campanas de la *Giralda*, dispáranse armas y cohetes de las azoteas y reina la alegría por doquier, por la tarde, antes del primer día de corrida, acuden centenares de carruajes con engalanadas damas, extranjeros y aficionados á la Dehesa de Tablada, á ver los toros en los corrales, junto á las márgenes del Guadalquivir. El sitio es encantador: el río se desliza haciendo eses;

de un lado, las alturas de San Juan de Aznalfarache, con aquellos cerros empinados; á otro, en las márgenes, álamos irguiéndose, huertas y naranjales, que realmente semejan que sobre ellos hubiese caído copiosa nevada, pues tal efecto hace entre sus obscuras hojas el azahar en eflorescencia.

Llegó el Domingo de Pascua de Resurrección, y ni Don Miguel ni el Marqués consiguieron ver á Carmelo, que parecía habérselo tragado la tierra. Preguntaban todos por él, y averiguado por Don Miguel que unos paisanos de Villa-Aldaba lo habían visto venir cabalgando hacia Sevilla, fué á la plaza de toros, en donde le vió reconociendo por alto los corrales y mirando los toros que se iban á correr aquella tarde.

—Aquí he venido—dijo Carmelo al notarlo, —porque ayer no pude ir á Tablada á ver los toros. La francesa ha mandado un parte que viene, pero de golpe, y fuí al pueblo á que arreglaran la casa. Estoy reparando que á mí me tocan los bichos más grandes, y al otro, los más chicos; es igual; mire usted, yo no quería ni deseo estas competencias, pero esta tarde le va á arder el pelo; ¿no dicen que está tan guapo y trae de América un toreo que los mata con la vista?... Lo veremos.

—Cállate, chiquillo; cachaza y mala intención; donde las dan las toman; ¿qué va á hablar, si el dicho de Paquito es verdad? Le empieza á faltar la vista y tiene que ocultarlo por aquello

de «dime de lo que alardeas y te diré de lo que careces.» Tú tienes buen corazón.

—Me parece.

—Él te quiere bien, lo sé, me lo ha dicho.

—Sí, hombre, tiene una carga de familia...

—Y los vicios se lo comen por los piés: conque á lo tuyo, y lo dicho, á cumplir; mira que tienes á más de esta corrida las tres de Feria y con las que te faltan, veintisiete donde torear: á no ver lo que el otro hace y á matar tus toros dondè tengan la muerte, y déjate de si fulano ó zutano aplaude ó silba, que cada cual anda á lo suyo, y vámonos, que tienes que vestirte. ¿Has almorzado?

—Ya se ve que sí; en el camino, en la venta, me dieron unos huevos fritos y he tomado café, y ahora con que beba un poco de agua estoy pero para torear no dos, sino seis horas.—Y atravesando de un salto la barrera, corrió, brincó, se estiró, fué, vino, tornó á donde Don Miguel estaba á horcajadas sobre la valla mirándolo, y le dijo:

—Superior, *camaraita*: no me pesa el cuerpo una *perra chica*.

—¿Lo ves?, el campo y que te has metido á hombre formal y puesto bien con los santos. ¿Eras tú el que llevaba la otra noche....?

—Me lo pidió mi madre.

—Bueno, hombre, lo valiente no quita lo cortés; pero no hay que pedir á los santos golleras; acuérdate de aquello de «ayúdate, que Dios te ayudará».

— ¡Qué, cristiano!, si lo que yo les pido es que

los toros sean leones: pero si acaso me coge uno, ya sabe que todo lo que tengo es para mi madre.

—Chiquillo, ¿quién piensa en tal cosa?

—Se dan casos, ¿y mi oficio qué es más que andar en los cuernos del toro? No parece sino que usted....

—Nó, hombre, no me espanto de nada de lo que tú veas en el mundo,—le respondió Don Miguel agarrándolo por la izquierda muñeca, y sin que Carmelo se diera cuenta, le tomó el pulso, y al soltarlo le dijo:

—Nada, lo tienes normal, sosegado y firme.

—¿Pero usted es médico?

—Nó, si era á ver....

—Mire usted; en buen hora lo diga, no se me altera qué digo el pulso, ni el alma, con los toros: lo que me trae fuera de tino es que vuelva esa *franchuta*: parece como que hace burla, y dice la *arrastrá* que trae en sus venas sangre torera.

—No lo dudes; esa doncella andante, como dice el Marqués, tiene ó poco meollo, ó ha perdido el caletre, pero es buena persona;—pues Don Miguel admiraba su valor de andar correteando por España, sus ingenuidades, llaneza y más la carta de recomendación que en su belleza traía.

—Ahora bien,—prosiguió,—para tu capote, procura que no te vea torear más que cuando el cuerpo te lo pida, que es flor y espejo de las bellezas de Francia.

Abrió los ojos y los puso atentamente en Don

Miguel Carmelo, y ofreciéndole un cigarro de su petaquita de oro con cifras de brillantes, le dijo:

—Mire usted lo que me ha mandado ella.

Y abriéndola, notó Don Miguel en la tapa interior, bajo cristal, el retrato de Beatriz, dedicado con este renglón: «Al Cid de España».

Rió y tornóse á reir, y tomándola le dijo:

—Voy á guardarla; la cuidaré como oro en polvo, y cuando venga acuérdate de mostrarte enojado por ser objeto de tanto precio y estima: te enseñaré la frase; la dirás: yo con una flor de usted me doy por dichoso.

—¿Y si no las lleva puestas?

Rascóse la nuca Don Miguel á ver qué salía de allí, y dando dos pasos avante, le respondió:

—Mira: yo con esas mujeres finas he tenido poco trato; pero á lo que me dices de que si no llevara flores, vendría al caso que la digas, te advierto que esto es un decir, que en ella tienes puestos los ojos y colgada el alma.

Con esto acabó Don Miguel de dejarlo suspensivo y atónito.

—Está bien; me gusta eso de colgar el alma. Bueno, guarde usted la petaca de la francesa, y estoy pensando que la otra que me regaló el gigante aquel de marras...

—Bueno, bien, ¿y qué?

—Pues voy á hacer que me fundan el oro y me fabriquen una *caena* con él y los brillantes.

—¡Admirable, superior! ¡eres un gran hombre y te se ocurren unas cosas...!

—Mire usted; la petaca de oro que me dió ese

enamorado... ¡por *via* del... dice el platero que vale sus diez y ocho mil reales entre oro y piedras; pues la llevaré del cuello á la cintura, sobre el chaleco, los días que quiera *pintar la mona* y lucir mi personita.

—Te repito que eres un coloso; pero cuida no lo sepa él: esto es un secreto entre nosotros, ya ves, te la ofreció porque está aficionado á tí, y tú sabes que...

—Yo, me gustan mucho las mujeres: ¡tengo vergüenza, soy hombre!

—Me lo figuro...

Y se separaron, diciendo Carmelo á Don Miguel:

—Hasta más ver, amiguito.

El respondió:

—Adiós, buena persona; la Magdalena te guíe.

. . . . .  
. . . . .  
El sol abrasador; la tarde sofocante; acercábase la hora para empezar la corrida, y en los alrededores de la plaza una muchedumbre se agitaba á empujones y codazos, con vocerío estruendoso, disputándose la entrada en el circo, con ese vaivén humano con que las masas se juntan y aplastan para abrirse paso.

El aspecto exterior de la plaza no da idea del cuadro interno, que sólo se concibe cuando el espectador contempla el circo en toda su grandeza, momentos antes de empezar las corridas en los días de Feria.

La pista es arenosa, circular y de grandísimo diámetro: hállase rodeada con barrera de tablas que se eleva hasta la altura del cuello de un hombre. Por la parte exterior y en bajo la recorre una estrecha grada, en la cual apoyan los toreros el pié para saltar y caer entre barreras cuando son perseguidos por el toro ó no han llegado á tiempo para escurrirse por los burladeros que de trecho en trecho hay, sobresaliendo apenas. Detrás de la barrera un pasillo da vuelta á toda la plaza, protegido de otro muro más alto para impedir que cuando el toro salta y llega allí pueda acometer á los espectadores de los asientos del tendido.

Algunas puertas bajas y fuertes se abren hacia dentro para hacer tornar al toro de nuevo al redondel cuando ha saltado. Sobre esta muralla, frente á la barrera, hállanse dos filas de sillones, separados de las gradas por paso estrecho, pues siguen á continuación los tendidos de piedra, que llegan hasta la barandilla de los palcos. Tras de éstos están los centros altos, cubiertos, como aquéllos, por galerías é intercolumnios que dan gallardo aspecto á aquellas arcadas de derecha é izquierda en la parte de sombra, entre las que se encuentra el palco de la Familia Real, con balcón granítico, que sobresale. Junto sigue el de la presidencia de la plaza, al lado el del Ayuntamiento, el de la Maestranza, inmenso, con gradas cubiertas de alfombras y dos altas verjas de hierro que lo separan por ambos lados del palco municipal y de los otros de espec-

tadores. En el otro costado del palco Real está el del Gobernador, continuando muchos palcos en largo trecho, en semicírculo con el otro frente de la plaza. En este lado, frontero y al sol, descuellan los de la Diputación y ganaderos; debajo la salida del toril, por donde aparece el toro á la señal que hace el Presidente agitando su pañuelo, después de haber sonado el clarín para que abran la puerta y venga á la arena la fiera.

La plaza está, pues, dividida en dos partes: la de sol y la de sombra. Cuatro puertas conducen á la pista: por donde salen los toreros y caballos y picadores; la del toro; por donde vienen las mulas á arrastrar el animal y llevárselo después de muerto, y la que, como un corto túnel, da salida á la puerta principal y exterior de la plaza. Hacia la izquierda y en parte opuesta al toril, en las gradas, se halla la banda de música que toca antes de empezar el espectáculo, á la salida de las cuadrillas, cuando los toreros hacen suertes con lucimiento, en los intermedios de la lidia de uno á otro toro y al terminar el espectáculo.

.....  
.....  
No se cabía; la plaza estaba de bote en bote; en los palcos agitábanse en oleaje mantillas, abanicos, mantones de Manila; en los tendidos mantones bordados y de colores varios acompañaban las tocaduras de aquellas innumerables mujeres, cual maceta de claveles sus cabezas, incitantes ojos negros, risas y alegrías desatentadas, que



se confundían con los gritos, voces, silbidos, canturreos. Agréguese la movilidad constante de todos aquellos hombres con sombreros de anchas alas, trajes claros, cigarros entre sus labios, fuego en sus miradas, requebrando á las hembras y pidiendo que comenzara la corrida; el constante gritar «¡que salga el toro!», acompañado del monotonó é incesante golpeteo de los bastones, eco que desvaneciáse con los últimos acordes de la banda, cuando agitado por el Presidente el pañuelo blanco, después de despejada la plaza, y hecho el paseo por las cuadrillas, repercutió el clarín, y abierta la puerta del chiquero, salió de estampía el toro, miró á los colocados picadores que enristaban sus picas, y corriendo furioso, bañado en espuma, llegó al medio de la arena, mugió, escarbó, desafió y se detuvo al ver á Carmelo Reyes, que con la capa abierta y sonriente, dirigióse á él sereno, extendiendo por el suelo su percal, y vuelto de espaldas, á menudos pasos, arrastrando la tela, dejó que el cuadrúpedo le tirara cornadas, y en lid el uno con el otro, el toro embistiendo y él riéndose, llegó junto á la barreira y la salvó tan á tiempo, que á la vez que su cuerpo iba por el aire, arremetió contra las tablas el feroz animal al verse burlado.

Carmelo toreó aquella tarde con valentía y atrevimiento el mayor que se pueda ver, en todos los trances de la lidia: ejecutó la suerte de matar aguantando; al sexto lo recibió, tocándole la música á menudo, y sacáronle de la plaza sobre hombros hasta tomar el carruaje para ir á la Fon-

da, donde el Marqués le tenía invitado á comer.

Igual aconteció el primero y segundo días de Feria; pero el tercero, con toros de Miura y la plaza desbordante, desde que salió Carmelo á dar el paseo, comenzó á oír una campanilla de agudo son que no se le quitaba de sus oídos.

Curro, que lo comprendió, al darle el capote de torear y asir el de paseo, le dijo:

—No hagas caso; es la Fidela, que está allí con otras mujeres...

Carmelo, colérico y enfurecido, comenzó á torear de capa y acudir á los quites de los picadores.

La corrida fué sangrienta, los toros bravos y pujantes, el vocerío estruendoso, el sol ardiente, la tarde calurosa, y la lucha, tantos caballos muertos, los enardecidos ánimos y *Guarda-polvo*, que buscando contratas no paraba mientes en el alarde de sus piernas y facultades, estimularon á Carmelo, ante los aplausos que recibía aquel hombrachón que á los toros dominaba con su estatura.

.....  
Carmelo había pasado de pecho su último toro, y perfilado, apuesto, sereno, altivo, gritó: ¡jú! y al extender el brazo desvió la vista, pues oyó una atiplada voz de mujer que le gritaba: «¡No te tires, Carmelo!» y lo cogió el toro.

El animal le había hecho subir á las nubes sin alas y bajar rodando sobre la arena, después de la mortal estocada que le había dado.

Carmelo, repuesto y de pié, miraba al toro cabeza al suelo, bramar y tambalearse; y el espada, con los brazos abiertos, gritaba: «¡Fuera gente!» y recogiendo la muleta y el estoque, fué riéndose y saludando por todo el redondel hacia la presidencia, que aguardaba sullegada, caminando Carmelo entre aquella nube de sombreros y cigarros que le arrojaban, granizada de pañuelos agitados y coronas de flores que con el abaniqueo las damas le tejían.

Beatriz, que había llegado en el correo de Madrid aquella tarde, tercer día de Feria, y con retraso de más de una hora, presencié todo el último lance desde un tendido de sol, únicas entradas, y pagadas á precio de oro, que Aline pudo comprar.

Carmelo con sus banderilleros y otros peones, todos rociados por dentro con vino jerezano, como gallos acabados de pelear, pues unos amigos habían venido á felicitarlos y confortarlos, ofreciéndoles tan oloroso bálsamo, salían de la Plaza en medio de tal baraunda y griterío, que en volandas los entraban á uno y á otros en un *break* de seis asientos, con toldo, vitoreándolos y aclamándolos con tal confusión, que sólo al arrancar el coche, abriéndose paso las enjaezadas caballerías con los sonoros cascabeles de sus collares, vió Carmelo, allá en una cuarta fila de carruajes que se enredaban haciendo eses, á Beatriz en una *manola*, como dicen en Madrid. Ella, sobre uno de los asientos del abierto coche de alquiler, estaba cual un puro niveo encaje, pues la abier-

ta sombrilla, sombrero, chaqueta y falda, era todo gáseo, sutil y vaporoso.

—¡Mira á Beatriz!—gritó Carmelo á Curro, que en el pescante del break iba con los enfundados estoques y capas y arrolladas muletas.

Agitáronse dentro del carruaje todos, y Curro, que la había buscado con la vista y estaba hecho una uva, mirándola y agitando su negro sombrero, dió un grito, con risa de ellos, al rodar atronador del coche, y agregó:

—«¡No te tires, Beatriz!»—Y dirigiéndose al espada:—«¿No oyes? Fué Fidela quien te cantó: «¡No te tires, Carmelo!»

.....

Aquella noche, poco más de las diez, Beatriz mostró deseos de ver á Carmelo, pues ignoraba que Curro no había podido saber donde ella alojábase muy á disgusto, que era en la casita de huéspedes de la calle de San Pablo, en donde pudieron cederle dos habitaciones pequeñas, con la condición de que en una cama, de las dos que en el cuarto de Aline estaban, había de dormir la sobrina de la patrona Reyes, como la oyeron llamar á los mozos que subieron los equipajes.

La estrechez de la escalera, corredores y habitaciones, bajas de techo, y lo pequeño del comedor, modesto menaje y demás pormenores, incitaron á Beatriz y Aline á salir á la calle, aconsejando ésta á su ama tornara á ponerse su obscuro traje de viaje, velo sobre la cara, y semejantes, echáronse fuera, pareciendo faltáballes aire dentro de aquella jaula encantada, donde

no habían oído más que los trinos y gorjeos que exhalaban las coristas de la Compañía de ópera que actuaba por aquellas noches en el Teatro de San Fernando.

Aline, como habilísimo piloto, pues de su otra estancia en Sevilla, en que había correteado toda la ciudad, conocíala bien, condujo á su ama á paso de carga, con las ganas que llevaba de ver á cierto torerito, que no era otro que el niño *Ajú*, que la tenía enamorada con sus dichos y requiebros.

Al entrar por la calle de las Sierpes y ver Beatriz sentados á la puerta del Círculo de Labradores muchos caballeros, dijo á Aline:

— Esto fué la Cárcel Real, según contó el Marqués; — y apenas daban paso por entre la gente que de la Feria volvía de los acabados fuegos artificiales, y con muchedumbre por delante y por detrás de ellas, iban como entre oleaje que, ora las unía llevándolas apretadas, ó separándolas y casi sobre las puntas de su calzado seguían á merced de aquel aglomerador gentío de hombres, mujeres, mozas y mozos, niños que llorando venían en brazos de sus cansadas madres, y á veces también gritaban ó se reían, agarrados á juguetes, caballitos de madera, toros simulados, panderetas y muñecas descomunales.

A las puertas de las iluminadas tiendas, cafés, cafetines, recostándose en los muros, altercaban ellos allí parados, y Beatriz y Aline, que eran todo oídos, pues iban á paso de tortuga, escucharon aquello

de esas noches de Sevilla, los tumbos de los picadores, arremetidas de los toros, sus cornadas, quites de los diestros, largas de los capotes de los peones, banderillas, estocadas por doquier, y estaban las dos temerosas y nerviosas, buscando con la vista tantos muertos y heridos como en aquel campo de agramante habría, pues, todos los allí presentes, con coletas ó sin ellas, sentíanse capaces de torear hasta los cuernos de la luna, que tal se levantaban unos á otros con sus quiméricos arrosos y valentías.

Comenzaron de pronto á oirse atronadoras voces que venían desde la Campana, y bien claro se percibió el grito de muchachos que voceaban ¡*El Argos Taurómico!*, y los periódicos se los arrebataban de las manos á aquellos vendedores, que reñían con los que no pagábanles, entre las imprecaciones de unos y otros que se apartaban, empujaban ó pateaban, y tanto atolondrado-mozalbete, muchachas y mocetones como topando y pugnando venían, por abrirse paso y vender *El Argos Taurómico, El Noticiero, El Liberal*, «con la corrida de esta tarde y la lista de la lotería»; para que se cumpliera lo de pan y toros y se estrecharan á la vez los dos vicios nacionales.

Una farola inmensa, cuadrada y llevada por dos hombres que apenas podían con el palo que la sostenía, apareció como llovida del cielo, iluminada por dentro y trasparenteándose sus cuatrolados de papel traslúcido; llevaba en un lado con caracteres gruesos y en rojo: «*El Argos Tauróma-*

co—órgano independiente é imparcial del toreo.— Director y propietario Francisco Roales;—y entre paréntesis:—CANTA VERDADES.—Redacción: Otúmba número 7. —Sevilla.» En el otro costado: «*El Argos Taurómico* es el periódico taurino de más circulación del mundo.—Toreo, artes, literatura y caricaturas, instantáneas y fotograbados.—Precios convencionales.—Número suelto 5 céntimos.—No se pagan los originales.»

Otro cuadro decía: «Aviso al público.—No confundir *El Argos* con otras publicaciones parecidas.» Y el que hacía cuatro, en dos letreros atravesados: «*Guarda-polvo* el primer matador de toros.—Viva *Guarda-polvo*.—*Argos*.—Viva el maestro de la tauromaquia del día.»

La farola se balanceaba; seguíanla, acompañando sus movimientos, gritería, voces, silbidos, pitos y estruendosos aplausos, que es condición de las muchedumbres silbar ó aplaudir, cuando á su antojo lo hace.

Beatriz y Aline hallábanse detenidas ante la «Cervecería España» sin poder dar paso, tal era el gentío, y miraban al través del vaho, sutil polvo y humo, por si á la vista les venía alguna cara conocida.

Fué el niño *Ajú* el que desde adentro, á pesar de los velos que sobre sus rostros llevaban, conoció á Aline; y puesto de pie y como pudo, haciendo esos, salió al encuentro de ellas, diciéndolas:

—Y que *toná* se han cargado ustedes. ¡Venir

sin avisar ni decir agua va! ¿Han visto al espada? ¡Y qué barbaridad! ¡Si le mandó el toro á lo alto del Giraldillo!

Y siguieron andando llevados y empujados.

A pocos pasos que dieron, *Ajú* dijo á Aline: —¿Qué tiene usted que está tan respingona? Y observando, notó que un joven que fingía mirar á otro lado, palpaba sobre la falda de Aline sus nalgas, y verlo y darle un codazo y recibir un palo del otro, fué todo uno.

Cierto torero que allí cerca estaba y advirtió el lance, echó su cuarto á espadas, y apostrofando al palpador lechuguino, llámole *so morral, guásón*, mala estampa y otras lindezas por el estilo, que hicieron reir á no pocos, silbar y correr á otros, recibiendo muchos estrechonzos y terminando el trance en palabras y dicitos, por haberse quitado de enmedio el apaleador y quedarse *Ajú* con su navajilla á medio abrir, diciendo:

—Y que no le iba más que á partir el corazón en dos.

Nadie se daba cuenta de lo ocurrido, y ni pareció sereno, vigilante ni guardia alguno, y todos, pié tras pié, siguieron caminando.

En esto habían llegado Beatriz, Aline y el niño *Ajú* al final de la calle, y dijo Aline que querían ver la Feria de noche; pero en aquel instante vieron al Marqués que, con gabán claro, delgado, corto y abierto, mostrando que estaba de frac y corbata blanca, traía en sus enguantadas manos, que parecían pedazos de nieve, un ramo



de enormísimos gualdos y rojos claveles que se disponía á llevar á la tiple del teatro de San Fernando, y encontrándose en aquel inesperado y no previsto caso, ofreció las flores á Beatriz, diciendo:

—La flamígera espada os las ofrece, que anda hidrófobo buscándoos por Sevilla y nada tendría de extraño que esté en el ferial del Prado de San Sebastián.

Ni el Marqués había podido echar la vista encima á Carmelo, ni fué aquello más que recurso para salir del paso, y se dirigieron á la inmediata Plaza del Duque á tomar una berlina de cuatro asientos que estaba allí y era vieja, destartalada, con jamelgo blanco, como paloma, y sólo encendido un farol que tenía, sin cristales, asientos como piedra y de cochero uno más viejo que Matusalén.

Entró Beatriz y sentóse á la derecha; subió el Marqués, y después Aline frente á su señora; montó el torerillo frontero al título, y á fuerza de no pocos portazos quedó cerrado el coche, que sonaba como campana rajada. El torerillo, que iba que no cabía en el pellejo de puro dichoso al verse junto á Aline y rozar sus muslos con las redondeces de la tal hembra, brazo á brazo y casi echado sobre ella, con el sombrero caído en la nariz, la dijo quedo:

—Bendita sea la madre que te parió, mi sangre.

La berlina rodaba á todo desvencijar de tornillos, ejes, ruedas, rayos, caja, sonando como si

la ordenaran dar matraca á transeuntes por doquiera iba, camino del ferial.

. . . . .

. . . . .

En aquella hora Don Miguel cenaba con Carmelo, á quien había ofrecido el agasajo después de la corrida, arguyéndole:—Tú y yo solos, sin ruido;—lo llevó á la casa de huéspedes de la calle del Rosario, y allí en el comedor lo efectuaron de prisa; subieron á su cuarto, encendió su maquinilla de hacer café, y ofreciéndole un cigarro habano, le dijo:

—He querido librarte esta noche de la bulla y compromisos, que nunca faltan, y que no vean ni tu sombra ni sepan donde estés; porque has de saber, amiguito, y esto te lo aconsejo, y no lo echés en saco roto, y para siempre, ¿estás?, que cuando, como en estos días, quedes victorioso y por encima de otro espada con quien alternes, muéstrate modesto; y la mejor manera de que se vea, es quitarte de en medio; deja que cada uno diga lo que quiera, y allá ellos á ser pregón de tus heroicidades, y al enemigo que huye, puente de plata. El pobre *Guarda-polvo* sólo va á salir del paso, al revés que tú.

—No quiere los toros.

—No me interrumpas, chiquillo; y tú los quieres más cada día.

—Verdad.

—Pues, bueno; por eso, hoy por tí, mañana por mí. Esta noche publica Paquito un artículo en que dirá que *Guarda-polvo* es el *non plus ultra*,

y no tengas cuidado, á tí te dará lo tuyo, conque ni hagas caso de consejos, ni oigas aquello de si te tirastes antes de tiempo, ó tenía el toro la cabeza descompuesta, sin aplomar y distraído, haciendo por embestir, y si debistes darle un pase bajo, para que humillara más el testuz, y no colocarte tan cerca, dándole tan poca salida, ó lo derramastes y despegastes demasiado y te resultó deslucida la estocada porque fué de huída, y si aguantastes demasiado, si te atropelló á la salida, y ora por negro y ora por blanco. no habrá quien los ponga de acuerdo ni quien los comprenda; de ellos nada tienes que aprender, que esto de los aficionados á toros es un manicomio suelto que anda por esas ciudades, aquí y en todos lados, las noches de corridas, y cada loco con su tema, y no olvides aquello de «burlaos con el loco en casa, burlará con vos en la plaza», que advierte que si se da ocasión al indiscreto para que se burle ó chancee con uno á solas, lo hará también en público. Y si no, recuerda y trae á tu memoria todos esos secreteos que los aficionados tienen con los espadas en las noches después de haber toreado... que una cosa es andar en el rondel, y otra ver los toros desde el tendido ó la barrera.

—Tiene usted razón, y sabe más de estas cosas...

—Nada sé ni se llega nunca á percatar de tu oficio mucho; pero, el que ha mirado matar unos 4.500 toros, aunque no sea muy listo, algo se le debe haber quedado en la vista. Yo comencé á

ver toros desde los doce años y tengo cincuenta y dos.

—¡Ná más?

—Por qué, ¿me ves tan viejo?

—Nó, lo digo por lo que barrunta.

—Pues no he aprendido nada, pero ni pizca, pero guárdalo para tu capote, todo esto es jarabe de pico, y así son todos los que de estos asuntos alardean; y ahora vamos á hablar formalmente de esa francesa, que Curro ha estado aquí á ver si yo sabía dónde se hospedaba, y me lo ha preguntado la patrona, dejándome esta tarjeta; y leyéndola Don Miguel, decía: «La francesa ha llegado; no topo con su estancia, pero Vicente, el puntillero, me ha dicho que le parece que debe ser por la calle... y no se lo escribo porque no me acuerdo, abur.»

—Pues estamos como antes.

—Mejor, así te buscará ella: yo lo que te pido es que te fijas en una cosa; ¿no es mejor desengañarla y que se fuera con la música á otra parte?

—Si ella lo que quiere es ver torear y dar cuatro capotazos y pararle los pies á los toros.

—O que la torees tú á ella.

—Ojalá cayera esa breva, pues lío la muleta y me voy como si *andara* á toro parado.

—¿Quién sabe?; no te fíes.

—Mire usted, hasta ahora ella no dice esta boca es mía.

—Pero vamos—dijo con suavidad Don Miguel, á la vez que le devolvía la petaca de oro;—¿será posible que no la hayas pinchado?

—Ni por asomo.

—Bueno, pero ¿tú la quieres?

—Sí y no, para que usted me comprenda...

—¿Hablarás claro?

—Pues mire: eso que llaman estar enamorado, nó; quererla... es un decir, la estoy agradecido por lo bien que me cuidó: y si ella quiere amarte... como me dijo el otro año una castellana vieja en Valladolid, y la pregunté:—Pero oye, ese *amarteleo* que traes siempre en los labios, ¿qué es?—y me respondió:—Amar ó tener particular afición á tu persona.

—Veo que eres un gran hombre y vives en el mejor de los mundos: conque, si te parece, vámonos á la cama, que son las doce.

—Mire usted, yo donde me marchó es á ver á mi madre, que me estará esperando.

—¿A Villa-Aldaba?

—Pues claro está; mientras me arreglan la jaca, salgo para allí y llego, las cuatro: á esa hora ya está en pié la vieja.

—Que no sean tus cosas y te coja el diablo.

—Formal, hombre: ¿qué me queda que torear?

—Pues óyelo—dijo Don Miguel!; y sacando un pequeño libro de memorias le dijo:

—De aquí al 31 de Mayo, cinco corridas; conque ojo, y á no mirar muchachas...

—Oiga usted; no puede ser eso mientras la francesa ande por aquí, porque como me dice usted que le tengo colgada el alma...

—Anda, bribonazo.—Y abrazándose estre-

chamente, salió Carmelo, diciendo desde la escalera:

—Que haya salud.

Y le agregó Don Miguel:

—Y pesetas.

### XXXI

BEATRIZ no podía resistir más el deseo de ver á Carmelo, y si noches después, á las once, no llega Curro á visitarla al Hotel de Madrid, donde se alojaba nuevamente, en el instante en que ella decía á Aline: «No me explico amor más tierno peor correspondido: haberse marchado y no parecer por aquí y no verlo desde la tarde aquella en que á la salida de los toros me divisó»; sin la llegada de Curro, Beatriz hubiera ido á Villa-Aldaba, en donde creía estar Carmelo, pues tan desesperada hallábase.

—No se apure usted, señora—dijo Aline;—me apena: ya sabe lo que la dijo el señor Marqués aquella noche que fuimos á la Feria, que por cierto vine bien disgustada. Porque mire usted que delante de nosotras no hacía más que dejarse acariciar la cara por el *niño Ajú*, que aunque es verdad que estaba algo ebrio, no debió hacer tales cosas.

—Yo no observé nada.

—Como que usted miraba fuera del coche, no se hizo cargo; y lo raro es que el muchacho aprovechábase de que usted y el Marqués sacaran la cabeza para ver bailar en las casillas, y me hacía unas declaraciones amorosas de las más originales. ¡Vaya si eran ocurrencias las que gastaba, diciendo que por mí daría su última gotita de sangre, y que yo era un pedazo de cielo y que estaba él hecho una meloja. ¡Ay tu cuerpo! ¡Mi alma! ¡Mis huesos! ¡Madre mía, qué muchacho, y qué ojillos negros aquellos!, y tan lindo como es; y mire usted, al bajar del coche decíale al Marqués: ¡Olé, olé los hombres!; y el otro andaba con un contoneo que ya. Bueno está...

—Pues no la entiendo á usted; lo harían por reirse.

Y esto hablaban al entrar Curro gritando:—Buenas noches, acercándose á Beatriz, y diciendo á Aline:—Con perdón de usted;—la que, al oírle, se internó en la inmediata habitación.

—Ha llegado la hora,—dijo Curro,—de que vea usted lo más grande que se admira en esta afición, el despertar de los toros...

—¡Ay! sí, sí,—dijo Beatriz,—¿y cómo?

—Mire usted, voy á que me alquilen un *break* con cuatro caballos, y la vengo á buscar á usted; no traiga ropas muy claras, pero sí ligeras, que va á hacer calor mañana; conque á vestirse, que dentro de una hora estoy aquí por usted.

—Sí, sí, mi buen Curro, estoy encantada; usted es el más grande hombre de Andalucía;

eso deberá ser muy hermoso. ¡Aline! ¡Aline! De-  
seo bañarme; ¡aprisa! . . . . .

Una hora después el *break*, á todo rodar, ha-  
bía pasado por muchas calles, el Puente de Tri-  
na y su barrio, y entrando por la carretera, de-  
jaba lejos á Sevilla, que columbrábase como  
banco de nieve, vista desde la cuesta de Castille-  
ja, que las cuatro jacas subían, agitando á diapa-  
són los sonoros cascabeles.

La noche estaba clarísima, el cielo estrella-  
do, el ambiente tibio y del suelo y tierras fronte-  
ras al camino, desprendíanse efluvios fragantes.

Desde allí, Beatriz y Curro notaban el dilata-  
do horizonte, la extendida vega, el Guadalqui-  
vir en eses por allá y acullá; manchas grises, ne-  
gruzcas, de naranjales aún con tardíos copos de  
azahar; olivos con penachos de esquilmo, alame-  
das de eucaliptos altísimos, álamos de niveos  
troncos, caseríos lejanos y torres de iglesias que  
se perdían de vista.

Con la claridad lunar todo veíalo Beatriz cual  
bañado por opalina lluvia, con reflejos nacarinos  
y semejantes á cenicienta lava, que tal espejismo  
producían bajo la sutil bruma de la media noche,  
las cebadas en sazón.

Abstráida y soñadora, con los cerrados ojos  
y entreabiertos labios, humedecidos por aquellos  
campestres aromas, iba Beatriz sin atreverse á  
proferir palabra, extasiada y emocionada con  
lo que Curro venía narrando sobre los toros y los  
cerrados.



—Oiga usted, señora mía; el toro es un animal feroz, á quien hay que saber guardarle su jurisdicción, es decir, la plaza que él ocupe de pié ó encamado en su querencia, y no basta esto, sino además, todo el terreno que él crea que es suyo, más aún, el que pueda tomar en su arranque, y en no cortándole su salida, si te ví no me acuerdo; porque es muy fiero cuando se le irrita y muy testarudo si dice allá voy, y no hay nada que lo arredre. Lo que usted va á ver es el cerrado, que así llamamos á un gran pedazo de tierra, y échele usted eso que nombran hectáreas; tiene por dentro y por fuera gavias como una fortaleza, y entre estas dos profundas zanjas ó fosos suele haber un muro ó vallado de tierra en forma de talud, y en él, de trecho en trecho, hincos ó troncos en pié, de árboles ó pedazos de rails de hierro, que ahora se usan mucho, y amarrados y extendidos, gruesos cables de alambre, con cinco ó más hileras de abajo arriba, paralelas y de altura tal, que no las puede saltar un toro, por más que, como le digo, avante y por detrás de los alambres están las zanjas, y la res que se cae dentro, hay que inventar lo que usted no puede figurarse para que salga de su atolladero, porque las tales gavias suelen en invierno y primavera estar convertidas en arroyos corredores.

El cerrado tiene su entrada amplia, con berlingas transversales que se corren y descorren, candado, cadenas y fuertes pilares de mampostería para que los palos puedan soportar cuando á

los toros se les antoja decir *allá voy madre, que te quiero ver*, porque al barruntar hembras, aunque sea desde una legua que les dé el *husmo*, que bramidos y escarbar la tierra y subirse unos sobre otros, y, mujer, ¡qué modo de repartirse cornadas!, como si fueran todos toneleros y con los mazos *tá, tá...* ¡qué bien llevan el compás! Y toma y daca, vayan mugidos y ponerse tocas de espuma, y suelen bañarse en sangre, pues se dan casos, y tanto; y, una vez teñidos y enfurecidos, aquello sí que es, en menos de un abrir y cerrar de ojos, una carnicería feroz. ¡Y para curarlos lo que pasan esos hombres! Que se lo cuente á usted Carmelo, que sabe de esas cosas su *mijita* el mozo.

El cerrado que usted va á ver tiene su chozo en el centro y pilas de piedra, donde suelen echar á los toros avena, trigo, habas, para darles más fuerza de la que esos brutos de natura tienen, y anticiparles el pelecho y ponerles de terciopelo la piel. Allí hay un pozo y unas higueras que dan alguna sombra; pero estos condenados animales no la han menester; están hechos al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo de noche y de día.

Y estamos, pero á un cuarto de legua, y aquella luz que ve usted allí, es la de la venta *Mal Abrigo*. ¡Lo que le va á sorprender á Carmelo esta trastada que le juega usted! Verá lo que va á decir, como si lo oyera; esto es:— *Por vía de... soltarle el toro á uno...*

A medida que avanzaba el coche, entre el sutil polvo del camino que las aventadoras ruedas

espelían, y la brumazón y vaho de aquellos sembrados, se destacaba la venta, que era una casita baja blanquísima, teniendo ante su entrada un cobertizo, y por su izquierdo lado, con bardos de ramas y monte, algo parecido á un corral.

Estaba situada en donde empezaban dos caminos de los nombrados de cordeles, para el tránsito de las ganaderías.

Al paso del carruaje notó Beatriz una cruz de cenicienta piedra, y Curro, alargando el brazo, dijo:

—Vea usted, al pié de esas piedras, hace años, un toro descarriado mató á dos mujeres y un anciano que sobre un burro traían al Hospital. Él había andado toda su vida entre esos animales como boyero, y cuando estaba paralítico, vino á darle la muerte, ¡lance extraño!, uno de esos cornúpetas. El pobre venía diciendo que se alegraba perderlos de vista: esto lo contó una de las hijas que iban con él y que le sobrevivió pocos días, á causa de las heridas que recibió del toro, pues fué á la que más acorneó, por haber corrido mucho y llevar un refajo de bayeta encarnada, y la encontraron á más de una legua de este sitio.

La otra hija, que también acompañaba á la madre, no hizo por ella el toro, y más hubiera valido la mandara al otro mundo, pues la infeliz se volvió loca, y estaba metida dentro de un pozo hondo y agotado, por ser en el verano, y escaso de agua el sitio.

—¿Ve usted?—agregó Curro, que estiró el brazo, señalando con el grueso bastón que empu-

ñaba á un punto oscuro que apenas columbrábase en el horizonte.—Pues allí fué la loca á parar, después que vió á los dos muertos, corriendo nada menos que hasta ese cortijo, nombrado *Poca Agua*.

. . . . .  
. . . . .

Amanecía... El coche dejó á la izquierda la venta y comenzó á rodar sobre arenas amarillentas, levantando sutil polvareda.

A poco rato notó Beatriz que atravesaban por entre palmas pequeñas, verdosas, que las ruedas iban hollando con el peso del carruaje, que se detuvo frontero á la cancela.

—Ya estamos á la puerta de la jaula—dijo Curro.—Ahora, señoramía, va usted á *especulizar* si ha visto nunca nada parecido; note, oiga, escuche y no se alarme. Usted habrá podido ver en París y Rusia, leones, tigres de Bengala, pante-ras, chacales, osos y todas las fieras y alimañas de carne y hueso; pero puede vanagloriarse de estar junto á los más feroces monstruos que andan debajo del sol y de la luna.

La claridad era opaca; desplegadas neblinas, sutiles y vaporosas, se extendían muy bajas en girones, cual velos, sobre todo el cerrado.

Beatriz notaba puntos negros que se movían, bultos inmóviles, y oía bramidos y mugidos atronadores.

Poco á poco, y á medida que en el cielo aparecían fantásticos y sonrosados matices, amortiguándose las estrellas y la luna que era seme-

jante á opalino faro, aumentó dentro de la descomunal jaula el atronador mugir, que ora era bajo, pausado y suspiroso, ora continuo, agudo, como si llamándose respondieran con una pausa de fugaz silencio, para lanzar de nuevo aquellos gemidos, que parecían salir de hondos y cavernosos pechos, semejando al estrépito de potente locomotora que desalojara el vapor, la trepidación que se sentía cuando todos bramaban al unísono,

Los puntos negros erraban de un lado á otro, y fueron con la naciente luz del día tomando forma, y como por encanto se destacaron é iluminaron todas aquellas moles, transfigurándose en toros, que á Beatriz se le asemejaban gigantescos monstruos. Corrían, bramaban, mugían, y como exhalaciones yendo y viniendo, tirábanse derrotes tremebundos; con los cuernos enfrentábanse y topábanse, se separaban y arremetían de nuevo, y pronto un continuado redoble de astas se dejó oír, parecido al toque de diana en un ejército acampado, pues mugidos daban semejantes á clarines y redobles de tambor.

Un coreo final siguió á diapasón, y todos fueron lentamente bajando el tono, *piano forte*, es decir, suave, dulce, fuerte, y terminó por no escucharse el más leve resoplar de los más cercanos.

Asomó Beatriz la cabeza fuera del entoldado *breack* al percibir el galope de un caballo, y columbró lejos un jinete, oyéndole cantar:

Vaquerito, vaquerito,  
Por la Santa Trinidad

Que me niegues la mentira  
 Y me digas la verdad:  
 ¿De quién es este ganado  
 Con tanto hierro y señal?

Oíanse más cerca las pisadas, y Curro, que se había bajado del carruaje, silbó al cabalador, viéndolo ir en dirección opuesta, el que al escuchar el silbo se detuvo, y le oyó de nuevo cantar Beatriz:

Hermosa deidad, no llores;  
 De mi amor no tomes quejas,  
 Que es propio de las abejas  
 Picar donde encuentran flores.

—¡Es él! —gritó Beatriz.

—El propio Carmelo, que trae, por lo que veo, ganas de holgar, y cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca.

Carmelo, bajándose de la jaca al reconocer á Curro, se fué derecho á la entrada del *breack*, y puesto allí, vió á Beatriz cubriéndose el rostro con entrambas manos y sollozando.

—¡Por vía de...!

Pasaron unos minutos, sosegándose Beatriz, y Curro y Carmelo, apartados, hablaban, diciendo éste:

—Pero, cristiano, ¿por qué no me avisastes que ibas á jugar me esta partida serrana? Esto es echarle el toro á uno. ¡Válgame la Magdalena con tafetanes...!

—Oye Carmelo; supe que venías á ver estos toros, y decírmelo Julio y urdir ésta para traértela, fué todo uno: has de saber que ella está.

que tiene más miedo que vergüenza. ¿Pero no viste el coche junto al cerrado? ¿Dónde ibas?

—¿Yo qué me había de figurar lo que era? Además me dirigía á la venta á buscar la llave del candado: me dijo el guarda, que lo ví en el pueblo y acabo de tomar con él unas copas y regaládole diez duros, que no vendría hasta la tarde, cuando llegue el arria con costales del trigo que les están dando en las piletas á estos animales.

Y dejando á Curro, y con el marsellés forrado de rojo que cogió del suelo por haberse caído del arzón de la silla vaquera, en donde lo había colocado al apearse, se lo echó sobre los hombros, y plantándose en actitud de súplica ante la portezuela del coche, repitió con melosa voz lo que Don Miguel le había enseñado:

—Por amor de mi vida, que no me llores de tan amarga manera: mal sientan lágrimas en las bodas, y boda tan dulce y regocijada como la nuestra. Eche al suelo esa breve planta, que vamos á entrar en el camarín donde sólo penetran los que tienen corazones como los nuestros.

Beatriz se apeó y se puso á su lado, junto á la cancela, observando aquella inmensa jaula sin techo de fieras salvajes y en completa libertad.

Curro entró en el coche, bajando una sombrilla blanca que Aline le había entregado al partir.

Después de dársela á Beatriz y montar en la jaca, á distancia gritó Curro:

—Voy á por la llave; vengo... pero de golpe.

## XXXII

BEATRIZ iba en la jaca á la mujeriega, sentada sobre una manta y su brazo derecho rodeando la cintura de Carmelo, que delante de ella y de espaldas, á horcajadas sobre la silla y con los pies fuera de los estribos que se balanceaban, la decía:

—No tema.

Abatíanse los hierbajos por entre las manos y patas de la jaca, que dejaba tras de sí aquellas dobladuras olorosas y hondonadas que íbanse formando como torbellinos de verdosa seda. El aroma desprendido de tantas multicolores florecillas que crujían y se tronchaban, cayéndose, á la par de pintadospajarillos, matizando las unas las madejas de hierbas y los otros como espejismos policromos iluminados por el sol, á Beatriz enajenaban.

Aspirando el frescor de la mañana, y aromas que del suelo subían, iba silenciosa, pareciéndola aquellas olas de verduras que azotaban sus pies y falda, como si fuera navegando entre piélago de esmeraldas.



Pasaban junto á enterrados toros en pasto hasta la barriga, que ocultados sus remos y vistos de frente ó de perfil, simulaban ser de ébano, bronce, cobre, laca ó bruñida caoba, al recibir la resbaladiza luz del sol sobre sus cabezas, morrillos, abultados lomos, cuerpos y voluminosas ancas.

Carmelo iba sobre la jaca cauteloso, y alguna que otra vez la hacía apartarse de los encamados y pacíficos rumiantes, que los miraban con tamaños ojos, mugiendo con eco bajo y cavernoso.

Otros quedábanse suspensos viéndolos pasar, azotándose con la cola y oxeando moscas é insectos que sobre sus costillares formaban extendido manto, ó como polvareda sutil suspensa en el aire sobre ellos, parecía darles un baño de regadera.

Tal cual, iba y venía bramando: *mau..... mau...* que repetía prolongando el *au... au...* que el eco transportaba, y repercutiendo á lo lejos mezclábase con otros lejanos bramidos que se oían y llegaban suavizados por la distancia, como mugidos quejumbrosos y tristes.

Habían llegado al centro del cerrado. Un pozo con su brocal cubierto de verdina afelpada, tenía, en forma de ángulo, dos cruces y dos gruesos palitroques de álamo parduzco, y del sitio en que se unían los dos maderos, pendía una garrucha, atada con fuertes alambres, y de ella una cuerda que descendía perpendicular dentro de la abertura de aquella cisterna.

Junto al pozo, largo pilar de mampostería, se-

mejante á anchurosa tarjea, veíase lleno de agua, sobre el que flotaban copos de babas espumosas.

En hilera, despues del pilar, y separadas como un metro unas de otras, seguían pilas de piedras graníticas y cenicientas, con el fondo á flor de los bordes, y aún con restos de trigo y habas y algunas pajuelas doradas y brillantes.

Como á tiro de escopeta estaba un chozo en forma de pirámide, cubierto con techumbre de juncias, mimbres y aneas, y sus costados y parte de atrás era todo de bayuncos y ramas secas y tupidas. En el frente tenía un pequeño sombrajo, formado con cuatro palos en vilo: atravesábanle cañas horizontales, y sobre ellas, pasto seco y ramaje; tenía hasta dos metros en cuadro, y por debajo de esta marquesina agreste veíase la entrada del chozo, con su puertecilla de tablas de tamaños varios, con candado, y en los alrededores de aquella vivienda, crecían los jaramagos con amarillas florecitas, alguna que otra mata de cardo, y matizado suelo de abundantes amapolas apiñadas, como si fuera un vivero de ellas, se extendía en no poco trecho hasta llegar al pie del único árbol que en todo el cerrado había, una higuera de frondosas ramas y rugoso tronco.

Si callada estuvo Beatriz todo el tiempo que habían tardado en llegar desde la cancela á las piletas y chozo, más silenciosa fué cuando Carmelo encaminó la jaca hacia donde estaban más toros reunidos, que era del lado contrario por donde ellos venían.

Allí los toros parecían celebrar una asamblea, habiendo tantos, que eran como las dos terceras partes de los que en el cerrado estaban.

El caso que ocurrió entonces es frecuente: suele acontecer que muchos toros se enamoran de uno de sus semejantes; empezó por saltar sobre el tal uno de ellos, y el ejemplo propagado, convirtióse en contagiosa pasión, pues apenas se apeaba uno, subíase otro; éste lo deja, aquél arremete, el de más allá llega como ciego y le posa las dos manos en mitad del lomo, y estáse allí bramando y apoyándose en las patas, que tiene abiertas. A la vez uno, ó más valiente ó más forzado, con una arremetida hace rodar á la víctima de todos. De tales gimnasias suelen resultar cornadas y heridas de curación difícil, que de aquellos polvos vienen estos lodos.

El paciente animal salió fugitivo así que se levantó, y haciendo plaza, escarbando y amagando como matón desafiador, se encaró con uno que, ó no era de su agrado, ó había sido el que con su insistencia más le castigaba y mortificaba, y allí fué Troya: se quedaron todos á la luna de Valencia, que el requeridor venció como gallo que cobraba el barato en aquel gallinero de afilados espolones.

Ocurrió que entre el grupo de los toros estaban hasta siete mansos y amaestrados cabestros, y como obedientes eunucos, uno de ellos, al divisar la jaca sobre la que iban Beatriz y Carmelo, la tomó, es decir, se puso delante de la caballería, aprovechando Carmelo para gritar el nom-

bre de *Adelantado*, capón buey que era blanco, con manchas negras en la cabeza y espaldillas y por bajo de las bragadas.

A las voces de Carmelo obedeció el animal, y echando á correr metióse con sus enormes y abiertos cuernos entre los congregados, y abriéndose camino, vinieron á la zaga los otros cabestros, y los toros tras de ellos emprendieron frenética carrera desmanados, perdiéndose de vista y asemejando puntos negros que se destacaban en las lontananzas del cerrado.

El sol lucía con más intensidad: todas aquellas verduras tomaban cambiantes y variadas entonaciones, y á medida que avanzaba la mañana el calor era sofocante, que Mayo suele ser ardoroso por las vegas.

Aquellas alfombras de tantas y finas hierbas que se doblaban y desdoblaban con las huellas de la jaca, alcanzándole por encima de las rodillas, pecho, vientre y corvejones, eran á semejante hora como hilazas de cristal verdoso, transparentadas é iluminadas por los reflejos de los rayos solares.

Carmelo no había dicho esta boca es mía: balanceaba su cuerpo de cintura arriba, siguiendo el movimiento que le imprimían los trancos de la jaca, que andaba como sobre ascuas, retenida y apoyándose en el bocado ante el peligro de escurrirse sobre las resbaladizas y crujientes hierbas.

Beatriz continuaba con su brazo derecho estrechándole y su abierta mano tenía la posada sobre el corazón del espada.

No sintió ni latidos acelerados ni señal alguna de temor y ella iba tan emocionada y anonadada por todo lo visto y con aquel blando estrecho, que cuando llegaron de nuevo á la linde del chozo y se apeó por sus piés de la jaca al suelo, exhaló un ¡ah! tan consolador y prolongado, que Carmelo oyó mientras desensillaba la jaca, trabándola con un pedazo de cuerda que del suelo recogió.

Dándole dos palmadas en las ancas al animal, acercóse á Beatriz y la dijo sonriente:

—¿Qué es eso? ¿Ha pasado usted miedo?

—Miedo no, emoción y el temor de que, como usted iba delante montado, fuera el primero á quien embistieran.

—Sepa usted que en no haciendo aspavientos como si se les temiera, ni cortándoles el terreno, son *buenas personas*.

. . . . .

Beatriz quitóse el largo y sutil abrigo que de los hombros á los piés la cubría; arregló sus cabellos por la nuca; se encasquetó la gorra sin visera que llevaba puesta, parecida á una de esas que en los cuarteles se usan, ostentando dos anclas cruzadas y bordadas en seda roja sobre el paño azul marino.

Su traje delgadísimo era todo del mismo color azul; la blusa de seda con cuello bajo y mangas anchas; la falda de paño un poco más espeso, y de otro tono más intenso el cinturón que oprimía su talle; y sacudiendo la enagua, mostró-

al descuido sus pantorrillas con azuladas medias y botas de montar bajas de campana, que lindaban con el borde de la falda, que era corta y de la forma que usan las Amazonas, y mirando aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á descansar, guardó silencio.

Carmelo sacó del chozo un aparejo borriquero, y tomando la manta que delante de su silla vaquera traía pendiendo á un lado y otro del caballo, doblada á lo largo y con su marsellés, hizo debajo de la higuera una simulada meridiana, y Beatriz, recostándose en ella, así que puso ahincadamente los ojos en su rostro, le preguntó:

—¿Por qué no ha contestado usted á mis cartas?

Por toda respuesta Carmelo introdujo la mano izquierda en el bolsillo interior del costado derecho de su chaqueta, y las sacó atadas con un cordoncito obscuro, é inclinándose hasta ella, pues frontero estaba sentado en el suelo, se las dió, agregando:

—Ahora me las va usted á leer, y mientras tanto escucho.

Beatriz, abriendo los sobres uno por uno, las puso por orden de fecha y leyó:

(1)

«Acabo de llegar: mi primer recuerdo y saludo es para usted.—*Esperanza.*»

(2)

«La distancia nos separa, pero el pensamiento nos acerca y estrecha.—*E.*»

(3)

«Guardáis silencio: mirad que quien bien quiere no se venga tan mal. ¡Ay! desdichada de mí; ¿para qué miré vuestros ojos, vuestra valentía y atrevimiento el mayor que se pueda hallar en hombre?—E.»

(4)

«¿Estáis enfermo, herido? ¿Alentáis? Me desvivo: no os extrañe, que de quien bien quiere es propia y natural condición enterarse de los sentimientos y trabajos de su amado, y más siendo mujer, que de naturaleza es tierna y compasiva?—E.»

(5)

«No guardáis memoria de mí. ¿Tan fugaz fué aquel incendio interior que parecía consumiros á llamaradas saliendo de vuestros ojos? Os lo rogué y pedí, y lo dijeron mis lágrimas.

Si no me amáis, decidlo: sacadme de estas tinieblas en que vivo hechizada; ved que el amor no comunicado no es amor, y prefiero saber que todo fué sueño de una noche de verano. Por lo que más queráis, escribid; yo os lo imploro.—E.»

(6)

«Me atraéis como imán; robado el alma, corazón y albedrío. Corro á esa á buscar la vida ó la muerte.—E.»

Y Beatriz dijo con tan tierno acento «á buscar la vida ó la muerte», que Carmelo hizo un movimiento con los brazos abiertos como de estrecharse á ella.

En aquel instante un tropel de toros se sintió detrás del chozo: irguióse Carmelo mirando qué ocurría; asió de debajo de Beatriz su marsellés, y corriendo dirigióse á la destrabada jaca que, galopando, era perseguida por un toro.

Carmelo como desatentado dábale voces; al oírlo, la jaca vino á todo correr hacia el pozo, y perseguida por otro toro entró entre dos piletas.

Carmelo acudió á cortar el paso al toro, y cogiendo el marsellés con las dos manos, lo esperó, toreó, quebró y salvó la distancia, aguardando sereno la nueva acometida del animal enfurecido, que retrocediendo, escarbando y humillando la cerviz, como una exhalación, ganador del terreno, embistió pujante al rojizo forro del marsellés, viéndose burlado con el pase hacia la izquierda que le dió el espada, que altivo, sereno, lo dejó ir en aquella dirección.

Cuando Carmelo llegó á donde Beatriz estaba de pie, apoyándose en la higuera más muerta que viva, sólo dijo en voz baja:

—Si ocurre este lance otra vez, no se quede en pié; acuéstese y no se mueva;—agregando á la vez que se reía:—Por *via* de.... que por poco hace hilo hacia usted el animalito; la cosa ha estado en un tris.

La jaca seguía á Carmelo, quien quitándose la faja, la trabó con ella, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

—Animalito, de buena te has librado.

El bochorno era intenso, sofocante; pero á



la sombra de la copuda higuera sentíase frescor, y Carmelo, sentándose frente á Beatriz, que se había posado apoyando su cuerpo sobre el tronco del árbol, comenzó á registrar las alforjas, diciendo:

—Veremos lo que viene de almorzar, pues antes de salir del pueblo dije á Araceli que pusiera algo en ellas.

Y sacando dos naranjas ofreció una á Beatriz que decía:—¡Qué sed tengo!—y comenzó á descascararla con sus dedos.

Carmelo, después de escrutar en las dos bolsas de las alforjas, todo lo que pudo extraer de ellas fueron más naranjas, una rosquilla de pan en forma de lazo, que aún se sentía templada del cocido del horno, y un envoltorio de higos secos, amarillosos y fragantes.

—Poco es,—dijo;—pero no le pese á usted; alrededor de los toros hay que tener el estómago lijero.

Y comenzaron á yantar, que era ya mediodía.

Beatriz reíase y canturreaba en francés una tonadilla que le rogó Carmelo tradujera, diciendo ella:

El amor es un pajarillo fugaz

Y hay que cojerlo al vuelo;

Si tú me amas ten cuidado contigo,

Si no me quieres ten precaución conmigo.

Muchos y cercanos toros iban y tornaban al pilar, en donde bebían; otros á poco trecho de ellos se encamaron á la sombra del chozo, rumiando y mugiendo suavemente.

Beatriz los ojeaba, viéndolos en todo su tamaño, destacándose sobre el suelo como moles, á su alrededor, y aquí, allí, allá, acullá, notaba sólo aquellos bultos de carne y hueso, recibiendo el sol y soportando tan fuerte calor.

Beatriz habíase desabrochado su blusa y los pasadores de sus puños; la marea caliginosa apartaba y cerraba las anchas mangas, dejando ver hasta los codos sus brazos, que, como sus manos, eran semejantes á copos de nieve.

Aquella verdosa entonación que la luz tomaba al transparentar las anchas hojas de la higuera, la hacía el efecto como si estuviera bajo una esmeralda. El silencio, el sol tendido por el suelo, los pajarillos trinadores y florecillas desprendidas que catan y en remolinos se llevaba el viento; tantos bosquecillos de amapolas, tantas azules y moradas campanillas, tantas embriagadoras esencias vagando en torno de ella, bañando su rostro y embriagándole sus sentidos, la produjeron un éxtasis embelesador, y con los ojos entornados, tendiendo su diestra á Carmelo y dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo:

—Es usted el primero á quien entrego la llave de mi corazón.

Y se dejó besar, cogiendo con los labios parte del premio que merecían sus anhelos; y como en los trances de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que el que tiene de su parte el deseo de la dama, se le entregó rendida á todo su talante y voluntad.

## XXXIII

**M**EDIA noche era cuando Carmelo, con Beatriz á mujeriegas en la jaca, se acercó á Villa-Al-daba.

Estaba la noche clara y el pueblo en un sosegado silencio. Todos los vecinos dormían y reposaban á pierna suelta; no se oía en todo el lugar sino aúllos de perros, que asordaban los oídos de Beatriz, ó de cuando en cuando rebuznos de jumentos; gruñían cerdos, cantaban gallos, cuyas diferentes voces aumentábanse con el silencio que en todas aquellas vegas campeaba.

Araceli había oído las pisadas de la jaca y se asomó á mirar quien era, y reconociendo á Carmelo, sin decir agua va, cogió la llave, y á la callandica, le hizo señas y fué á abrir la entrada principal y tuvo tiempo de encender luces, desentornar ventanas y que, ganando Carmelo terreno, penetrara por la cancela de hierro de la corraliza, y dejándolos en la galería solos en amor y compañía, internóse en la cocina baja. Que á los toreros, como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, amparan, ayudan y estiman,

y más siendo de naturaleza dadivosa; y dispuesta como estaba Araceli á captarse siempre que podía su voluntad y adorando en él, desvivíase por verle contento y que la mirase con buenos ojos. Al cabo de no poco rato tenía puesto el mantel, y discurrendo qué daríales de cenar, que para estos casos era mujer dispuesta y de recursos, pensó que después del caluroso aire solano que había reinado y lo sofocada que Beatriz estaba, habiéndole visto al columbrón el rostro teñido de arrebol, nada vendría tan á pedir de boca como un buen gazpacho y agua fresca de las tallas de encarnadino barro, y ofrecido y aceptado, le rogó Beatriz no se marchara, pues Carmelo había salido diciendo: «Vuelvo al instante...»

Abatíanse á su antojo en la galería los tendidos rayos de la luna, y la sutil marea levantada, moviendo rosales y otras flores, esparcía efluvios penetrantes de fragancia varia. En lo alto del despejado cielo brillaba el astro de la noche, y en la bóveda estrellada, cual si la hubieran bruñido y teñido con añil, no columbrábase la más leve nubecilla.

Beatriz, recostada sobre diván arrimado á la pared y cubierta con entrambas manos la cara, dijo:

—No me figuro lo que usted pueda pensar de mí, mas sí estoy cierta en asegurarla que hoy ha sido el día más feliz que he pasado en mi vida. Lo recordaré mientras viva, que hay fechas cuya memoria nos acompaña hasta el fin de la existencia, que es cuando, quitando la muerte

las ilusiones, queda todo enterrado en la sepultura.—Y dicho esto agregó:—Sirvase hablarme de Carmelo y cuénteme algo de su vida y trabajos.

A lo que Araceli solo supo responderle, remilgada y parodiando lo que en otras ocasiones había escuchado al Marqués y á Don Miguel:

—Trabajosa es la vida que pasan los toreros, y viven y comen el pan con el sudor de su frente, riesgo infalible de su cuerpo y con una pesada carga de peligros é incomodidades; que no es oro todo lo que reluce é ignoran muchos que tales ejercicios no tienen nada de suaves; pero dicen que la codicia rompe el saco, y á pesar de ser un peligroso oficio, cada día hay más que quieren ejercitarlo y correr su riesgo por los dineros que reporta. Pero figúrese, señora mía, que no es camino tan llano, en que no haya algún tropezón ó barranco; y aunque se dice que el tener compañero en los trabajos suele servir de alivio en ellos, es una equivocación, que muchos tienen alma de cántaro, y ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio. Carmelo y yo desde la niñez nos conocemos y aun podría decir nos amamos, que hay muchas y diferentes maneras de quererse, y no todo ha de ser carnalidad entre hombres y mujeres, como dice Don Miguel.

—Perdone usted—dijo Beatriz;—yo no comprendo entre hombres y mujeres amistad sin amor, que es lo que la mujer inspira y para lo que ha nacido; en suma, para amar y ser amada. y si no fuese así, vale más que al nacer se muera.

Araceli continuó:

—Cuando Carmelo me dijo pensaba meterse á torero, le aconsejé que no lo fuera; pero él es de esos que olvidan que el consejo de la mujer es poco y el que no lo toma es loco. Pero, amiguita, por aquello de que vale más buena esperanza que ruín posesión, abandonó su oficio de campo, que no lo hubiera enriquecido, ó quién sabe, pero al menos vivía tranquilo y no teniéndonos en continuo sobresalto á los que lo apreciamos bien. Porque yo no se lo oculto á usted, ni hay para qué negárselo; cuando sale á torear parece que está el pueblo en día de difuntos; no se oye una mosca, todo queda suspenso, y su madre y Loli-lla, cuando estaba aquí, no hacían más que encender velas á los santos para que lo sacaran con bien, y por la noche, al recibirse la noticia de que había cumplido, se echaban las campanas á vuelo. Pero estos hombres, en vez de venir á su casa después de las corridas, lo que les place son las alabanzas que los realcen y adulen y las enhorabuenas de propios y extraños. Y como un torero sin conquistas de mujeres es un rey sin corte ó un sultán sin odaliscas, han de tener tantas hembras como sitios en donde van á torear. De ellos no se espere la lealtad del que hemos hecho señor de nuestros pensamientos, porque la vida que llevan trae aparejada lujuria y lascivia y no hay uno que haya sido fiel á sus novias, mujeres ó amantes, que todas ellas guardan en lo íntimo de su corazón las pesadumbres producidas por las infidelidades, que las acciones y movimientos exteriores, cuando de sus amores.

se trata, son ciertísimos signos que traen las nuevas de lo que en el interior del alma tienen; y al volver ellos á sus casas aportan retratos, joyas, cabellos dentro de medallones, sortijas con nombres entrelazados, y hasta el buen olor por andar entre esencias y flores.... ó arañazos producidos en las batallas con Venus; y de sus familias, ¿cuál es el corazón que no llora?

Advertid que Carmelo es uno de tantos y no le faltarán palomas donde quiera que fuere, porque es muy de ellos andar entre vino, mujeres y juego, pues siempre tienen quien les incite y dé comodidades, aunque no sea más que por lo del que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

Beatriz había destrenzado sus cabellos y fumaba un cigarrillo egipcio. En una pausa que hizo Araceli le preguntó ella:

—Según usted ni son leales ni tienen corazón con las mujeres.

—Muy pocos—respondió Araceli—habrá de ellos, pues parece como que corre parejas con la profesión. ¿No ve usted que viven de prisa y además la idea del peligro que de continuo afrontan los lleva en alas para desear toda clase de goces, apurando la copa del placer, como si á morirse fueran? Pues cuando salen á la plaza es como el que va de viaje largo y lleno de dificultades, que no sabe si podrá volver salvo y sano á donde partió....

Y prosigo á donde voy á parar, que no es más que á darle un consejo: si obtuvo su anhelo, que

no sé si lo ha logrado ó no, recátese y cese. No hay que apurar las suertes ni llevarlas con rigor más allá de donde deben ir, oirá usted á menudo á los toreros.

Aquellas manos blancas como ampos de nieve que Beatriz mostraba, sus ojos dulces y serenos mirando tan suaves y toda su persona llena de distinción, atractivos y encantos, extasiaron á Araceli, la que dejóse llevar de su ingenuidad, y como de la abundancia del corazón habla la boca, aquél la hizo decir:

—Los toreros están acostumbrados á hacer burla de las mujeres, y aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por fortuna que por desdichas, si me quiere escuchar y creer, márchese á Francia; no siga más, bondadosa y hermosa dama, su locura, mire que la vista engaña, y acuérdesse que principal señora es usted y no cuadra bien á su clase llevar esta vida sin sosiego, no sea que la cueste muchas lágrimas. Comprenderá que se lo digo por su bien; amiga soy de decir verdades, y cuando no me escuchan, me gusta dejar al tiempo que haga de las suyas, que es el mejor médico de estas y otras enfermedades. — Y con un ¡ay! arrancado del corazón, terminó diciendo:—Va usted á pasar las duras y las maduras.

Beatriz se irguió, y mirándola fija, repuso:

—Yo bien sé que estoy en tierra extraña, pero no me arredra nada; á lo hecho pecho, y así será en balde cansaros en persuadirme; obedezco á lo que mi alma y corazón aman,



el amor ordena y mi voluntad desea. Según usted, ¡desdichada de mí que he puesto los ojos y he venido á caer en un laberinto sin salida! Pero cuando el corazón manda todo obedece, que nada vale lo que se piensa al lado de lo que se siente. Seamos, pues, buenas amigas y ayúdeme en la conquista del amor y voluntad de Carmelo, por quien no habrá trabajo, inconveniente, peligro y sacrificio que no sea capaz de soportar, prescindir y sufrir, que mi voluntad es grande y mis ánimos no pocos. Habré quizás venido como mariposa á morir abrasada en la luz de sus ojos, pero es dulce herida y muerte la que se sufre por su amado. Y si Lolilla y otras mujeres lo han querido y quieren, ninguna le adora como yo que fundo toda mi dicha en la esclavitud de amarle, pertenecer á él de alma, vida y corazón, cuerpo, albedrío, sentimientos y voluntad. Sí, estoy sabrosamente herida aquí en lo más hondo de mi pecho; pero en vez de afligirme y apesadumbrarme, siento un deleite inefable que me enajena y anonada. Soy toda suya de cuerpo y alma, y si me mandara que me matase por él, decirlo y hacerlo todo sería uno: tal es lo esclava que soy de su amor.

Nosotras, las mujeres románticas en Francia, cuando amamos no hay nada que nos detenga, y con el hombre á quien hemos dado nuestro primer beso y suspiro, vamos juntas alentando, y si se muere uno, la otra también ha de fallecer, porque sus vidas están misteriosa é íntimamente entrelazadas, que si el destino, como dijo el gran

poeta, las quiere desunir con su inflexible espada, ninguna ó ambas deberá cortar. Vivimos el uno en otro y para el otro, al unísono va el alma, late el corazón, manda la voluntad, obedece el albedrío, respiran los pulmones, y note bien cómo siendo dos almas y dos cuerpos, no hablo más que como si fuera uno solo. Porque el amante hace todas las cosas suavemente, pues al verdadero amador nada es difícil, y por mucho que efectúe y con toda diligencia, siempre desea hacer mucho más.—Y dichas estas palabras se quedó suspirando emocionada.

.....

Carmelo, que había estado á ver á su madre y á enterarse de si Curro habia vuelto y tenía dispuesto el *break* para que se marchara en él Beatriz, cuando vió á aquél en la venta á donde lo fué á buscar, le dijo:

—La tengo loca *perdida* y secuestrada; se trae mucha música, y me parece lo mejor que te vayas en el coche tú á Sevilla y digas á Aline que traiga la ropa que crea necesaria y venga para aquí, pues esto va para largo.—Y tomándose dos copas de aguardiente, echó á andar á su casa y de puntillas entró, y escondido oyó todo cuanto Beatriz acababa de decir; y cuando ella terminó, asomóse á donde estaban.

Fuése Araceli, y Beatriz, colgada de su cuello y besándole en los ojos, le decía:

—¡Cuánto te quiero, espejo de mis ilusiones!

.....

.....

## XXXIV

CINCO meses después, un día, á la caída de la tarde, Carmelo, vestido á la inglesa, con hongo acanelado, americana de alpaca oscura, chaleco y pantalón de dril blanco, tirilla doblada, corbata de lazo rojo y zapatos de charol, llegó á la fonda de Madrid, y sin preguntar dirigióse por el patio hacia las habitaciones en donde Beatriz había alojado.

El portero salió á su encuentro y sonriente le dijo:—La señora se ha marchado en el correo y tomará el expreso esta noche en Córdoba para seguir mañana hacia Biarritz, desde Madrid.

Carmelo echóse hacia atrás el sombrero, miró á un lado y otro, sacó su petaca, encendió un cigarrillo, y saliendo de la fonda comenzó á pasear por la Plaza de la Magdalena, y gesticulando decía:

—¡Por *via* de...! Un toro se le queda vivo al más *pintao*..., ¡que no me explico el por qué se ha volado del nido esta pájara!...

.....

Para Beatriz la desilusión había sido grandísima. En sus idas y venidas con Carmelo cuando fué á torear á otros sitios, llegó á percibir la parte grotesca y brutal del espectáculo. Entre toreadores durante muchos días, los observó de cerca, y escuchándoles hablar, les vió tales cuales eran fuera de la plaza, con todas las flaquezas de hombres, y se le cayeron los palos del sombrero.

Presenció las escenas horripilantes de cuando el toro con el clavado estoque aquí se levanta, allí cae, rodeándolo los peones con las capas, extendiéndolas, ocultando al vacilante animal, que marcha con el extertor de la agonía y el terrible hipo que le produce el hundido acero. Vió los ardides, los capotazos furibundos para humillarlos y quebrarlos, y notó que muchos de ellos llegaban á la muerte rendidos por las puyas, sin fuerzas y desangrando. Era un espectáculo brutal el de los pobres caballos, abiertos cual toneles desfondados, esparciendo por la arena su sangre y sus entrañas para recibir en pago de sus servicios tan terrible castigo.

Y su desencanto llegó al colmo una tarde en que Carmelo estuvo tan amedrentado que pinchaba á diestro y siniestro y huía volviendo la cara en medio de un huracán de silbidos; el público en masa le apostrofaba llamándole ¡pillo! ¡ladrón! ¡maleta! ¡enterrador!... ultrajes ignominiosos que la enrojecieron de vergüenza, sintiendo la horrible angustia de tan gran decepción: aquel hombre á quien se había entregado creyéndole la más genuína realidad del valor humano, el cam-

peón, el Cid moderno, estaba allí demudado, lívido, huyendo del toro y bajo la airoz rechifla de una muchedumbre que coreaba con aullidos y palabras denigrantes el pavor del espada. Hasta Don Miguel, puesto en pié en el asiento, renegaba de su ahijado, y Curro, Frasquito y todos sus parciales de Villa-Aldaba, con los brazos levantados y las caras descompuestas, repetían los gritos, silbos y denuestos del público, que clamaba al presidente para que sonase el clarín y saliesen los cabestros á llevarse el toro y acabara aquella carnicería.

Beatriz vió á Carmelo cabizbajo, destrenzada la coleta, sudoroso, abierto de piernas, caidos sus brazos como alas de gallo cansado, huyendo del toro, y cuando acudía á darle estocadas tirábase tan de lejos que Julio le gritaba en mofa:

—¡Que te coje; que te coje!... ¡Ay, ay, qué miedo!... oyéndose la voz de Fidela:—¡No te tires, Carmelo!..

Salieron los cabestros, y Carmelo Reyes, cada vez más descompuesto, vió en aquel momento á Beatriz erguirse y gritarle frenética:—¡Cobarde! ¡Cobarde!—lanzándole airadamente el abanico que, como una flecha, fué á dar en el cuello del espada, y con los ojos enrojecidos, buscó la puerta de salida entre la multitud agitada, que seguía injuriando á Carmelo, y sin volver la cara, abandonó la plaza, sepulcro de sus ilusiones.

Carmelo, en el *apogeo* del desatiento, aterrado por el cencerrear de los cabestros que se aproximaban, pinchó una vez más, entrando y

saliendo de refilón, y en aquella fuga vergonzosa se halló en la cola del toro, el cual alargó con furia una de sus patas y derribándole rodó entre los cabestros sobre la arena'empapada en sangre.

—¡Por *via* de!...—exclamó el desgraciado, levantándose y sacudiendo su rico traje azul y oro, mientras el toro y los cabestros desaparecían por la negra boca de los toriles... y las puertas varias de la plaza vomitaban al exterior la muchedumbre tumultuosa! . . . . .

. . . . .

FIN

Faint, illegible text or markings in the upper left corner of the page.



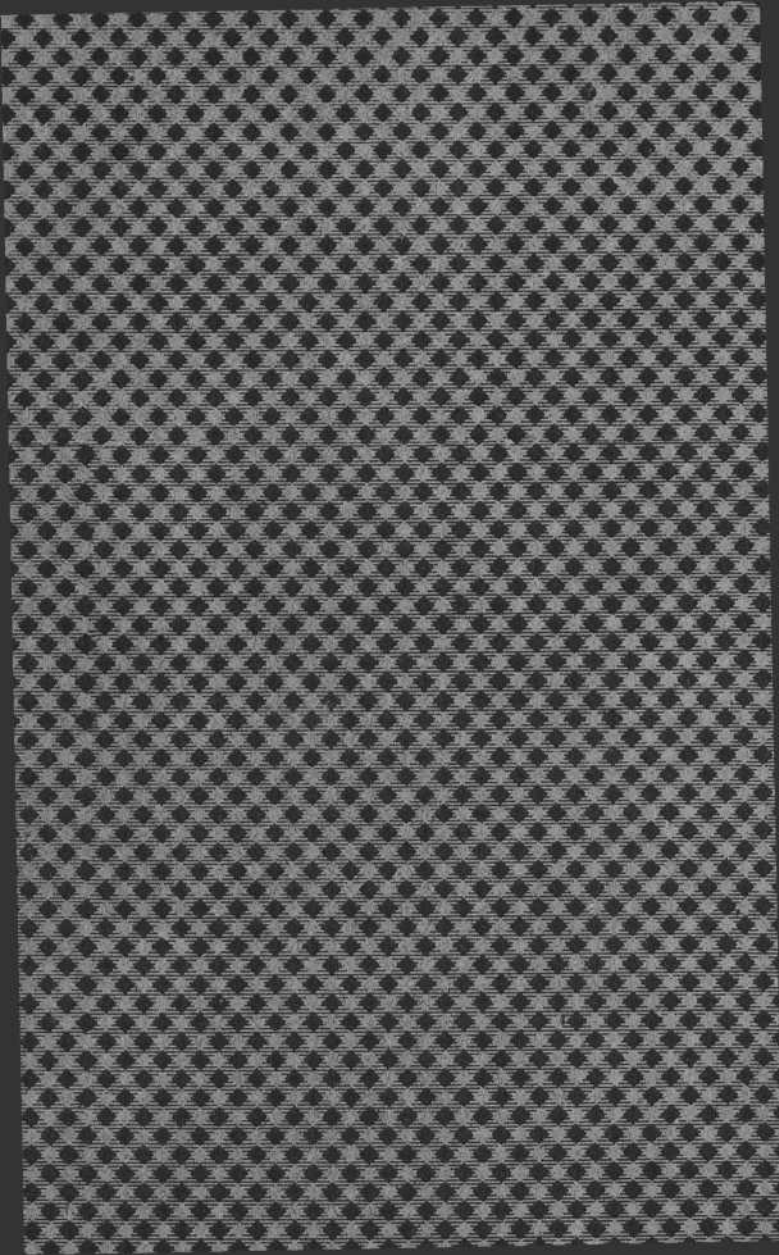




# LIBRERÍA DE JUAN ANTONIO FÉ

Ptas.	Ptas.
<p><i>Bécquer</i> (Gustavo Adolfo). Obras en prosa y en verso, sexta edición, aumentada y corregida; tres vols. en 8.º, con retrato del autor. 10,50</p>	<p><i>Héctor Picabia</i> (Juan).                      La Leyenda Andaluza; en 8.º..... 2</p>
<p><i>Cánovas del Castillo</i> (A). La Campana de Huesca (novela), en 8.º ..... 5</p>	<p><i>Montoto</i> (Luis). El duro del vecino; un volumen en 4.º ..... 3</p>
<p><i>Daudet</i> (Alfonso). Saffo, costumbres de París, traducción de E. López Bago, prólogo de E. de Olavarría y Huarte, en 8.º ..... 3,50</p>	<p>Los cuatro ochavos; un vol. en 4.º..... 4</p>
<p>—Rosa y Ninita, costumbres modernas, versión castellana de E. de C.; en 8.º..... 3,50</p>	<p><i>Orbe</i> (Timoteo). Redenta; en 8.º ..... 2</p>
<p>—Tartarín en los Alpes, hazañas del héroe tarasconés, versión española; en 8.º 3</p>	<p><i>Ohnet</i> (Jorge). El camino de la Gloria (novela) en 8.º..... 3,50</p>
<p><i>Héctor Abreu</i> (Manuel). Aves de paso (novela de costumbres hispano-americanas) en 8.º..... 3,50</p>	<p><i>Pardo Bazán</i> (Emilia). Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina (novela), en 8.º... 3,50</p>
<p>—Amazona (La Novela del Sport); segunda edición, en 4.º.... 3</p>	<p><i>Picón</i> (Jacinto Octavio). Lázaro (casi novela), en 8.º..... 3</p>
<p>—Niño Bonito; un tomo en 4.º..... 2</p>	<p><i>Rodríguez La Orden</i> (José). Cuentos y trozos literarios (prosa y verso). Un vol. en 8.º..... 2</p>
	<p><i>Rodríguez Marín</i> (Francisco). El Loaysa del Celoso Extremeño; en 4.º mayor ..... 7</p>
	<p><i>Valera</i> (Luis). <i>Marqués de Villasinda</i>. Sombras chinescas. (Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio; dos vols. en 8.º)..... 5</p>



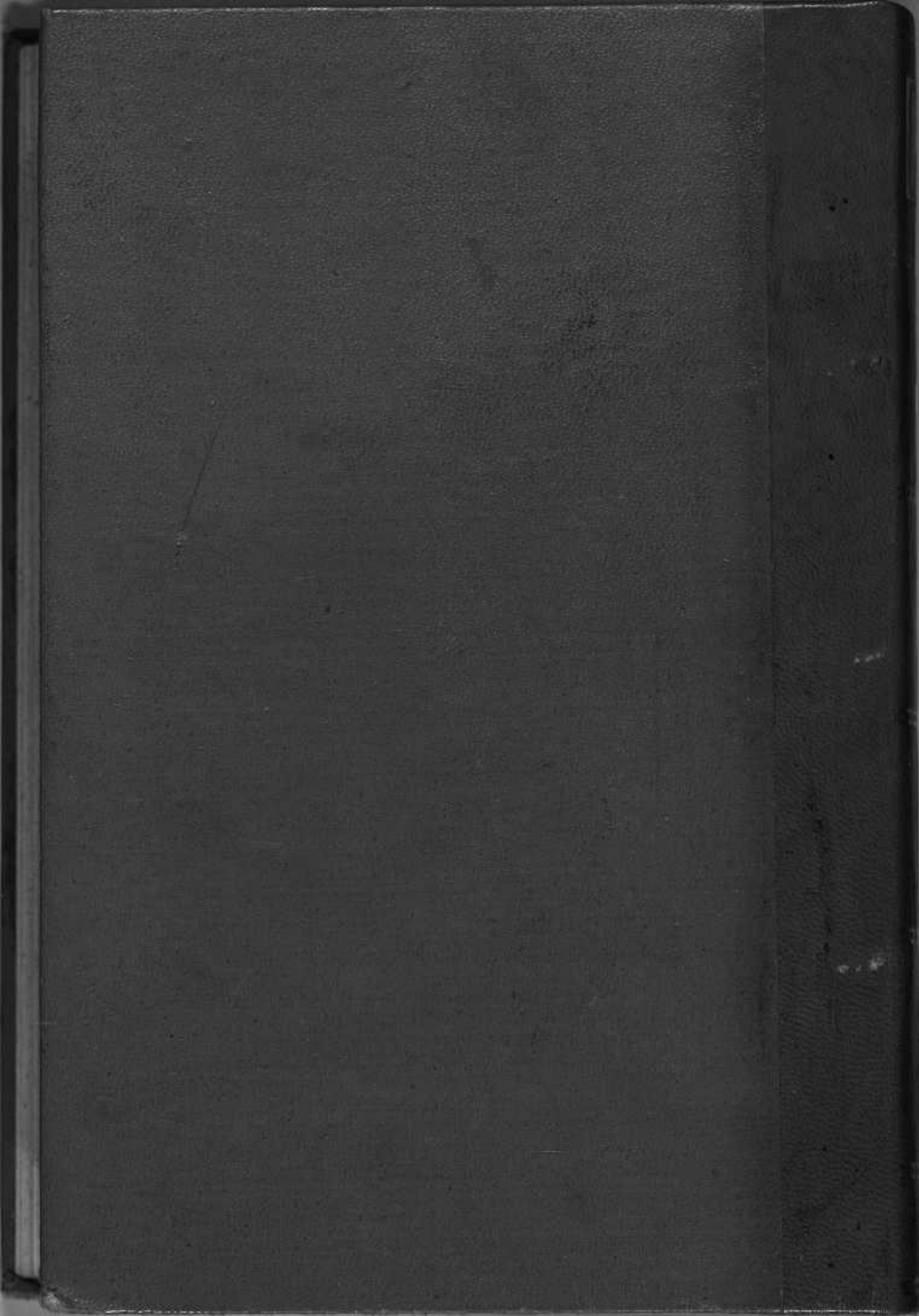


# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>197</u> .....	Precio de la obra.....	.....
Estante . .....	Precio de adquisición..	.....
Tabla... ..	Valoración actual.....	.....
Número de tomos. ....		



195.

LA

ESPADA